

COLECCIÓN **GENERAL**

Notas interdisciplinarias

La ingeniería en reversa de Tatiana Andia Rey

Tatiana Andia Rey y Carlos Andrés Baquero Díaz
(compiladores)



Notas interdisciplinarias

Para citar este libro:

<https://doi.org/10.51573/Andes.9789587988884o.97895879888857.97895879888864>

Notas interdisciplinarias

La ingeniería en reversa de Tatiana Andía Rey

Tatiana Andía Rey y Carlos Andrés Baquero Díaz
(compiladores)

Universidad de los Andes
Facultad de Ciencias Sociales
Área de Sociología

Nombre: Andia Rey, Tatiana Samay 1979-2025, compiladora. | Baquero Díaz, Carlos Andrés, compilador.

Título: Notas interdisciplinarias : la ingeniería en reversa de Tatiana Andia Rey / Tatiana Andia Rey y Carlos Andrés Baquero Díaz (compiladores)

Descripción: Bogotá : Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Área de Sociología, Ediciones Uniandes, 2025. | xxii, 164 páginas : ilustraciones ; 17 × 24 cm.

Identificadores: ISBN 9789587988840 (rústica) | 9789587988857 (e-book) | 9789587988864 (epub)

Andia Rey, Tatiana Samay – Homenajes | Andia Rey, Tatiana Samay – Colecciones de escritos | Andia Rey, Tatiana Samay – Relatos personales | Sociología

CDD 301.092 –dc23 SBUA

Primera edición: octubre del 2025

© Tatiana Andia Rey † y Carlos Andrés Baquero Díaz (compiladores)
© Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales

ISBN: 978-958-798-884-0
ISBN e-book: 978-958-798-885-7
ISBN epub: 978-958-798-886-4
DOI: <https://doi.org/10.51573/Andes>.
9789587988840.9789587988857.9789587988864

Ediciones Uniandes
Carrera 1.ª n.º 18A-12, bloque Tm
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 601 339 4949, ext. 2133
<http://ediciones.uniandes.edu.co>
ediciones@uniandes.edu.co

Corrección de estilo: Julián Naranjo Guevara
Diagramación interior y de cubierta: Boga Visual
Imagen de cubierta: ilustración de Juana Medina Rosas y fotografía de Felipe Cazares (Universidad de los Andes)
Ilustraciones: Juana Medina Rosas

Universidad de los Andes,
Facultad de Ciencias Sociales
Carrera 1.ª n.º 18A-12, bloque G-GB, piso 6
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 601 339 4949, ext. 5567
<https://cienciasociales.uniandes.edu.co/ediciones/libros/publicacionesfaciso@uniandes.edu.co>

Impresión:
Imageprinting Ltda.
Carrera 27 n.º 76-38
Teléfonos: 601 631 1350 - 601 631 1736
Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Este libro cuenta con el aval de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes.

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 28 del 23 de febrero de 1949, Minjusticia. Acreditación institucional de alta calidad, 10 años: Resolución 000194 del 16 de enero del 2025, Mineducación.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Contenido

Prólogo

Vivir con Samay · XI

ANDRÉS ELÍAS MOLANO

Introducción · XIII

CARLOS ANDRÉS BAQUERO DÍAZ

Nuevo diario · XIX

TATIANA ANDIA REY

Samay · XXI

TATIANA ANDIA REY

Primera parte

Biografía e historia · 3

TATIANA ANDIA REY

La soledad en una pastilla · 7

TATIANA ANDIA REY

La enseñanza como provocación · 11

JUAN MANUEL GONZÁLEZ

Las conexiones · 19

TATIANA ANDIA REY

La multidisciplinariedad y la economía · 23

ÁLVARO MORALES

Crisis y cambio social · 31

TATIANA ANDIA REY

**Recrear el mundo previo al Acuerdo sobre los ADPIC:
cambios en las políticas del acceso a las medicinas · 35**

KEN SHADLEN

El cancerológico · 45

TATIANA ANDIA REY

El miedo a la muerte · 49

TATIANA ANDIA REY

Segunda parte**La vida y la muerte sin hijos · 55**

TATIANA ANDIA REY

**La economía política del derecho a la salud o sobre
cómo no *desver*, según Tatiana Andia · 57**

EVERALDO LAMPREA MONTEALEGRE

Transformar mi realidad · 67

TATIANA ANDIA REY

El método Tatiana Andia · 71

CÉSAR RODRÍGUEZ GARAVITO

Saber morir · 75

TATIANA ANDIA REY

Apuntes sobre cómo estudiar a gente como tú · 79

DIANA GRAIZBORD Y MICHAEL RODRÍGUEZ-MUÑIZ

La ceguera y los insultos · 87

TATIANA ANDIA REY

Tercera parte

Las líneas rojas y las despedidas · 91

TATIANA ANDIA REY

**La sociología a través del amor: lo que aprendí
caminando y escribiendo juntas · 97**

NITSAN CHOREV

El cáncer es como la vida · 103

TATIANA ANDIA REY

**Aprender de otros y con otros: la ingeniería en reversa como
forma de enseñar a hacer preguntas sociológicas · 105**

PAOLA MOLANO AYALA

Las líneas grises: lo que he aprendido de la última etapa del cáncer · 113

TATIANA ANDIA REY

**Revoluciones íntimas: Tatiana Andia y la amistad
como método en la sociología y en la vida · 119**

JUAN SEBASTIÁN GÓMEZ

MARÍA CAMILA JIMÉNEZ

ESTEBAN JEREZ DÍAZ

MARÍA GABRIELA VARGAS

Los hombres que me cuidan · 129

TATIANA ANDIA REY

Abrirle un espacio a la sociología colombiana y latinoamericana · 135

MARÍA JOSÉ ÁLVAREZ RIVADULLA

Mi calendario · 139

TATIANA ANDIA REY

Epílogos

Observar y describir: el método y los metodólogos · 143

TATIANA ANDIA REY

**Tatiana Andia y las conversaciones necesarias
sobre la vida, la salud y la muerte · 147**

SERGIO SILVA NUMA

Poesía matutina, escritura y la carrera contra el cáncer · 151

TATIANA ANDIA REY

Llamadas telefónicas · 153

PATRICIO PRON

Cosas que extraño · 155

TATIANA ANDIA REY

Se acabó la fiesta · 157

TATIANA ANDIA REY

Reseñas biográficas · 159

Prólogo

Vivir con Samay

ANDRÉS ELÍAS MOLANO

TODO COMENZÓ CON una idea radical. La creencia fundamental de que todo el mundo está equivocado, y nosotros dos estamos en lo correcto. No es raro que muchas relaciones comiencen así; lo que es único es que esa idea radical se ha mantenido, nutrido y desarrollado, y que se mantendrá por toda la eternidad entre nosotros.

Me imagino que en este libro habrá muchas exaltaciones a la agudeza mental, arrojo y “punkerismo” de la mujer más fascinante del mundo. La mayoría de estas historias son ciertas, simplemente porque son escritas en su mayoría por personas honestas que conocen de primera mano una de las facetas o caras de Samay. Mi problema para escribir este prefacio es que yo las conozco todas, y como se imaginarán, tratar de hacer una comprensión cognitiva de estas caras es humanamente imposible. Por eso ni lo intento, porque no importa lo que todo el mundo diga: ella y yo tenemos la razón.

De los muchos significados del nombre Samay en quechua, el que más me gusta, y que a veces siento que hasta nosotros mismos nos lo inventamos —qué importa, igual nosotros siempre tenemos la razón—, es la corriente fuerte que se mueve por debajo de un río en calma. Esa corriente que toma por sorpresa a quien no la espera y la lleva al otro lado del río. Eso es vivir con Samay. No sabemos adónde vamos a llegar y no importa, porque ella guía y lleva, y yo no me resisto.

En las teorías académicas que alguna vez me interesaron, siempre se debaten las explicaciones de por qué dos personas se conectan y se aman. Es que los pájaros de la misma pluma vuelan juntos, o es que la influencia de quien uno

ama es tan grande que terminamos cambiando nuestros comportamientos, actitudes y emociones por la influencia del otro. En mi propio piloto de entender estas cosas invertí la mayor parte de mi vida profesional, y luego conocí a Samay. La homofilia existe. No éramos tan diferentes al comienzo, y tal vez por eso rápidamente comprendimos que éramos los dos quienes teníamos la razón, y el resto del mundo estaba mal. Sin embargo, después de haber vivido todo el libro de desarrollo humano con Samay, es innegable que seguimos teniendo la razón, pero que hemos cambiado por efecto de la única fuerza en el mundo que es imparale: el desarrollo humano. Samay es el desarrollo humano.

A quienes lean este libro —que yo no leeré—, los invito a tratar de comprender las historias de la vida de Samay como ejemplos o ilustraciones —*snapshots* si se quiere— de una vida plena y feliz. Sin embargo, les advierto que estas no son las parábolas de su vida; no hay enseñanzas profundas detrás de ellas. Por más que mucha gente se vea inclinada a pontificar sobre ella, el lector debe saber que la corriente que es Samay nunca para, y que tratar de entender una corriente a partir de fotos estáticas requiere de muchos supuestos que no vale la pena delimitar. Mi único consejo es leer este libro como es Samay: como esa fuerza que nunca para y que siempre tiene la razón.

Introducción

CARLOS ANDRÉS BAQUERO DÍAZ

LA CREACIÓN COLECTIVA de este libro, *Notas interdisciplinarias. La ingeniería en reversa de Tatiana Andia*, como la metodología usada por Tatiana, partió de un sentimiento, de una intuición y de una idea y, desde ahí, echamos para atrás. Después de que Tatiana, César y yo tuvimos las primeras conversaciones sobre este proyecto, ella implementó su misma lógica de investigación para definir y desarrollar el sentido de este libro; el contenido, las preguntas y, al mismo tiempo, las autoras y los autores.

En vísperas de un viaje a Italia, que Tatiana hizo con Andrés Elías a mitad del 2024, intercambiamos un documento, llamadas y mensajes de WhatsApp para definir el flujo del texto, las preguntas que Tatiana quería formular y los encargos a varias de las personas que hacían parte de su galaxia: amigas y amigos con quienes compartió la vida. Es decir, que estudiaron, trabajaron, bailaron, comieron y discutieron con Tatiana. Como lo experimentarán las lectoras y los lectores, uno de los puntos fundamentales del método de la ingeniería en reversa es que diluye las fronteras de la investigación para ampliar la duda a todos los ámbitos de la vida.

Al tener un borrador final del esqueleto del contenido que Tatiana terminó en España, nos dedicamos a enviar las invitaciones a las amigas y los amigos que recibirían una tarea titánica. En pocas palabras debían reflexionar acerca de una pregunta amplia de la investigación social que habían explorado con Tatiana — lo cual es lo mismo que decir que podrían contar parte de sus experiencias con ella, mientras desenmarañaban la forma específica de hacer ciencias sociales que Tatiana desarrolló a lo largo de su vida—.

Además de traer las voces de la comunidad de Tatiana, en este libro reunimos una serie de sus textos más recientes. Desde finales del 2023, ella retomó su voz de columnista. Como en gran parte de su labor como profesora e investigadora, sus columnas crearon un género literario en el que mezcló la etnografía, su experiencia personal y el trabajo académico. Aquí trenzamos *las columnas no-columnas*, como las llamó Tatiana, en orden cronológico entre cada capítulo. A su vez, incluimos un par de notas cortas que escribí para hablar del tiempo y los recuerdos. Con ellas, traemos a esta publicación una de las labores favoritas de Tatiana —escribir—, acompañadas de una serie de ilustraciones que Juana Medina imaginó a partir de un archivo fotográfico inmenso que construimos acerca de Tatiana y sus mundos.

El método de la ingeniería en reversa es parte del hilo conductor de este libro. El que yo experimenté con Tatiana, sin embargo, habita fuera de los artículos académicos y las recomendaciones de política pública. La ingeniería en reversa que practicamos la llevamos a diferentes cocinas —nuestros portales favoritos—, en las que nos juntamos sin receta preestablecida, pero fieles al método, con un deseo claro, la olla azul y un delantal; es decir, teniendo un sentido amplio y preciso de lo que queríamos servirle a nuestra comunidad y desde ahí ver qué ingredientes lo harían posible. Cocinábamos siguiendo la intuición y la idea, lo mismo que Tatiana y su comunidad han hecho para resolver preguntas urgentes que van desde la inequidad y el acceso a la salud, hasta la construcción de instituciones educativas.

Fiel a la ingeniería en reversa de documentos y tablas de picar, este libro representa un equilibrio entre el proyecto inicial, la sorpresa y el asombro. Y ese primer contenido que Tatiana destiló en julio del 2024 fue mutando para, como los curris, ceviches, asados y arroces que cocinábamos, ser un testimonio vivo de la ingeniería en reversa en la práctica. Al añadir nuevas conversaciones, *posts* en redes sociales, recuerdos y notas de voz, esta obra se transformó en lo que tienen en sus manos. Es por eso que el libro es una fusión. Acá las lectoras y los lectores encontrarán tanto un homenaje a Tatiana, como un texto de investigación social que será de gran utilidad para las personas interesadas en entender problemas complejos.

La contribución y el cariño de cada una y cada uno de los escritores fue fundamental, al igual que el apoyo incondicional de César Rodríguez Garavito, con quien, además de Tatiana, soñamos este libro. Una vez terminamos el manuscrito, la edición cuidadosa y muy meticulosa de Sebastián Felipe Villamizar Santamaría fue esencial para que, como lo dice él, cada texto mostrara diferentes facetas del trabajo de Tatiana. A su vez, Sebastián Felipe tradujo al español los capítulos de Diana, Michael, Ken y Nitsan, que fueron escritos

originalmente en inglés. *Razón Pública* y *El Espectador*, medios en los que Tatiana publicó varios artículos, nos permitieron republicar versiones editadas de sus textos en esta compilación. Finalmente, esta publicación no hubiera sido posible sin que Ediciones Uniandes, especialmente María José Álvarez Rivadulla, Matthieu de Castelbajac, Natalia Ceballos, Josefina Marambio y Jaime Julián Cortés hubieran decidido homenajear a Tatiana y hacer que ella y su trabajo continuaran estando en su casa académica. A todas ellas y todos ellos, millones de gracias por celebrar a Tatiana y hacer eco de las experiencias y los aprendizajes que tuvieron juntos.

De tal manera, este libro es, como lo nombramos con Tatiana, un portal, como los que describió Reinaldo Arenas y los que vimos en la televisión proyectados por Rick Sánchez, después del amoroso adoctrinamiento de Andrés Elías y Sebastián Felipe. En cada capítulo, las lectoras y los lectores viajarán a partes de la vida de Tatiana y a su apuesta colectiva de actuar y pensar en el mundo. El libro está construido a partir de un prólogo, tres secciones temáticas y un epílogo mixto, que son cosidos por textos de Tatiana. El reto y el deseo eran, y aún son, una mezcla de sentimientos y enseñanzas que queríamos hacer explícitas sobre su vida y su trabajo. Aunque la idea de las secciones rompe con la visión holística que ella practicó, adoptamos la metáfora para organizar las preguntas que exploran cada uno de los escritos.

En el prólogo, Andrés Elías Molano, el amor de la vida de Samay, cuenta cómo fue vivir con ella. Seguidamente, en la primera sección temática reunimos los textos que discuten la visión disciplinaria de Tatiana o —como ella lo llamó en su perfil de Twitter— de su visión *bien interdisciplinaria*. En esta parte del libro los autores se preguntan por la fascinación y el proyecto de Tatiana de sobrepasar las fronteras disciplinarias y los enfoques fragmentados de las ciencias sociales. Para esto, Juan Manuel González discute las perspectivas sobre el desarrollo y la manera en que estas, como disciplina y como ciencia, tuvieron un impacto directo en el trabajo que hicieron juntos en el Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo (Cider) de la Universidad de los Andes. Después, Álvaro Morales trae a colación parte de las conversaciones que tuvo con Tatiana sobre la visión estrecha de la economía y cómo se pueden establecer, a través de la práctica, proyectos interdisciplinarios de investigación e incidencia. Esta sección cierra con una reflexión de Ken Shadlen, con quien Tatiana, durante su paso por la London School of Economics, pensó la regulación global de la propiedad intelectual de los medicamentos y algunas estrategias para introducir un criterio de justicia dentro de esta industria.

En la segunda sección, las autoras y los autores se concentran en explorar la apuesta metodológica de Tatiana. Everaldo Lamprea, desde el trabajo que

hicieron juntos, estudia la construcción de la economía política del derecho a la salud y las interpretaciones creativas para proteger a las personas más vulnerables. César Rodríguez Garavito escribe acerca de la sociología de Tatiana, una que ella ejerció con todos los sentidos y que se entreteje, como en los mandalas, con una vida en círculos. Diana Graizbord y Michael Rodríguez-Muñiz, con quienes estudió en la Universidad de Brown, se adentran en una pregunta clásica de las ciencias sociales: quién es el sujeto de estudio. En sus conversaciones exploraron cómo Tatiana estudió su papel como burócrata y las burocracias, incluidas algunas personas por las que sentía cariño y afinidad.

Las autoras y los autores de la tercera sección expanden el papel de Tatiana como estudiante y como profesora o, más bien, los tránsitos que hizo al interior y en los bordes de las universidades. Nitsan Chorev camina con Tatiana para retratar los pasos que construyeron su relación y la forma en que fusionaron el cariño y la escritura en un vínculo que mutó desde profesora-estudiante, para luego ser colegas y después amigas. La complejidad metodológica tuvo un eco en las clases que dictó Tatiana en la Universidad de los Andes, y Paola Molano retoma la experiencia de ser su estudiante para presentar una visión poderosa de la manera en que Tatiana usó la ingeniería en reversa para enseñarles a preguntarse cómo se hacen (en vez de qué dicen) los textos que leían. Por su parte, Juan Sebastián Gómez, Esteban Jerez, María Camila Jiménez y María Gabriela Vargas, sus estudiantes en Los Andes, presentan cómo el método de enseñanza de Tatiana sobrepasa los salones de clase y se impregna en las conversaciones cotidianas, todas, como momentos de estudio sociológico y de apoyo ilimitado. María José Álvarez Rivadulla cierra esta sección con el texto que escribió para este libro y leyó en el Tati Fest, la celebración que le organizó el Área de Sociología de Los Andes en la segunda mitad del 2024. Allí María José desmenuza el proyecto de construir un departamento de sociología juntas y de insertar el pensamiento sociológico dentro de la Facultad de Ciencias Sociales.

Finalmente, cerramos este libro con un epílogo mixto. Sergio Silva Numa, con quien Tatiana trabajó para entender el poder detrás del sistema de salud, presenta el perfil que escribió en el periódico *El Espectador* para celebrar la vida de Tatiana en diciembre del 2024. Y, por último, Patricio Pron cuenta cómo, cuando se enteró del club de lectura en notas de voz que Tatiana y yo teníamos y en el que leímos una de sus novelas, pensó acerca de la relación que tienen los escritores con sus lectores, a quienes no conocen.

Tatiana Andia Rey es el portal, la fuerza, la escritora y la lectora de este libro. Y este libro es un reconocimiento a la forma en que cambió la vida, el corazón y el pensamiento de esta comunidad, que tuvo la fortuna de hacer ingeniería en reversa de sus propias experiencias colectivas con ella.



Ilustración de Juana Medina Rosas

Nuevo diario

TATIANA ANDIA REY

HACE ALGUNAS SEMANAS, Víctor Andrés (la Biblia) Barrera me leyó *Léxico familiar*, de Natalia Ginzburg. Quedamos impactados y, cuando lo terminamos, huérfanos. Yo había decidido no volver a escribir, en parte porque el formato que estaba usando, el de la columna no-columna me pareció desgastado y exigente en un momento difícil de la enfermedad, en parte porque sentí que se me agotaron las ideas.

El libro de Natalia me devolvió la inspiración y me mostró que hay otros formatos posibles.

Decidí entonces escribir estos fragmentos con reflexiones funerarias. Un homenaje a ella, a mis mayores amores (Andrés Elías, mi padre, mi madre, mis hermanos, mis sobrinas y mis amigos más íntimos) y a mí misma.

Del léxico familiar de Natalia me sorprendió su tono íntimo, así que estos fragmentos buscan reproducir algo de ese tono. También me gustó la idea de coleccionar, a través de expresiones familiares, anécdotas y reflexiones existenciales.

No todos los fragmentos que quedan aquí salen de alguna expresión familiar, pero muchos sí. Mi objetivo principal es enfrentar la muerte celebrando la vida; la mía y la de mi familia.

Samay

TATIANA ANDIA REY

QUISIERA EMPEZAR ESTOS fragmentos con uno sobre la historia de mi nombre.

Mi padre siempre les ha apostado a los nombres en quechua y con significado. Por eso mi hermana y yo tenemos nuestro segundo nombre en quechua. El de ella es Kori, que traduce “riqueza” y el mío es Samay, que durante años traduje como “tranquilidad y reposo”. Mi madre, un tanto más pragmática, quería que tuviera un nombre más común, que a ella y a mis hermanos les gustara y que disminuyera la probabilidad de que me matonearan por él en el colegio. De ahí salió el Tatiana, que efectivamente utilicé como nombre de pila toda la vida y que es como me conoce la mayoría de la gente.

Como a la mayoría de las Tatianas, mis más allegados me llaman Tati, Tata o Tatica. Los únicos que me dicen Samay son Andrés Elías y mi hermano Boris, a quien yo le digo de cariño Boris Nené, como derivación amorosa de su original Boris René. Pero estoy casi segura de que el primero que lo utilizó naturalmente como mi nombre de pila fue Andrés Elías y mi padre lo amó por ello. Andrés Elías fue también el más curioso por conocer el significado de Samay, porque nunca estuvo muy convencido del “tranquilidad y reposo”. Efectivamente mi personalidad es tranquila y reposada, pero también soy traviesa, curiosa y lo que él identificó como “imparable”.

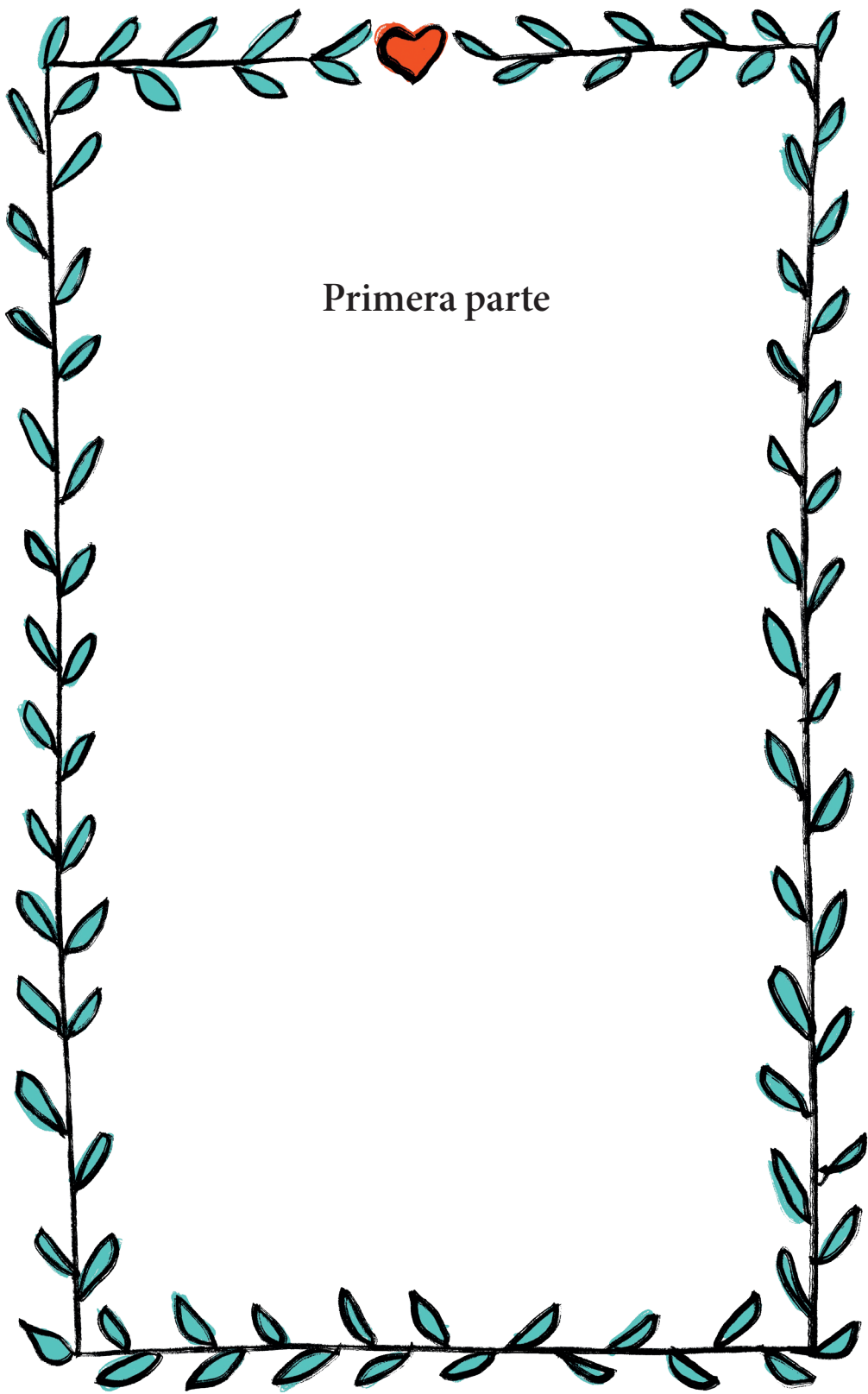
Probablemente por eso le gustó más un significado, que encontró indagando por su cuenta, que traducía *samay* como la corriente que va por debajo del río, aunque parezca calmado en la superficie. Cuando Andrés Elías encontró esa traducción la tomamos como la más afinada por un buen tiempo, pero también comenzamos a preguntarle insistentemente a mi padre por el origen del nombre.

Mi padre comenzó a responder a nuestra pregunta con una palabra compuesta: *samaypata*, que, de acuerdo con su traducción, significa el lugar al que se llega para tomar aire cuando se está subiendo una montaña y que permite continuar subiendo.

Más adelante nuestros amigos Carlos Andrés y César reportaron haber conocido otra Samay del pueblo sarayaku de Ecuador y haber preguntado por el significado para ellos. Aunque las palabras no fueron exactamente iguales, la esencia del significado sí. Para los sarayaku, *samay* significa respiración o aire, pero justamente el aire que se toma cuando se está ahogado. Esta versión encaja muy bien con la de *samaypata* de mi padre, aunque no tanto con la de Andrés Elías de la corriente del río. Carlos Andrés reportó haber preguntado más específicamente por ese posible significado y resultó que para los sarayaku existe otro significado que podría acercarse un poco más a este. Para ellos *samay* también significa la tranquilidad propia de los viejos, la del final de la vida, la que está cargada de sabiduría.

Por estos días del final de la vida he sentido que no podía haber un mejor nombre para mí. Me siento sabia y tranquila, pero, a la vez, con respiración y algo de aire para dar.

Así que aquí voy.



Primera parte



Ilustración de Juana Medina Rosas

Biografía e historia*

TATIANA ANDIA REY

EN SU LIBRO *Microversos: observaciones sobre un presente destrozado*, Dylan Riley, profesor de sociología de Berkeley, recopila una serie de notas o reflexiones espontáneas acerca de lo que él llama “un contexto en el que se combina una crisis social y de época —la pandemia de covid y los últimos meses de Trump— con una crisis personal devastadora”: la enfermedad de su esposa Emanuela. Las notas, escritas durante un periodo de menos de un año, versan sobre la política, su vida personal y la sociología y, en mi opinión, son un bálsamo ante la cada vez más acartonada escritura de artículos académicos publicados en revistas indexadas.

Como una especie de premonición, decidí asignar *Microversos* en mi clase de sociología política y del desarrollo del primer semestre del 2023. Mi intuición era que el libro podía motivarnos a pensar, sin tantas reservas, acerca de la coyuntura histórica de Colombia y del mundo. Me gustaron el formato, la ideación libre pero teóricamente aguda y las observaciones provocadoras acerca del presente y futuro de la izquierda europea y americana. Jamás pensé que mi conexión con el libro trascendería de lo académico a lo personal y, mucho menos, que lo utilizaría de inspiración para lo que aquí quiero proponer.

Desde hace unos días vengo recibiendo, a cuentagotas, examen tras examen, en la confluencia de un mundo de tecnologías diagnósticas y especialidades médicas, una de esas noticias devastadoras para las que nadie está preparado. Con la biopsia definitiva en mano, mi oncóloga, a quien he visto apenas dos

* Una versión de este texto fue publicada en *Razón Pública* el 20 de septiembre del 2023.

veces, me dio a conocer mi diagnóstico definitivo: cáncer de pulmón metastásico (y ya considerablemente metastatizado) de células no-pequeñas con una mutación del gen FGFR en exón 18.

Este diagnóstico cierra un ciclo corto, pero a la vez eterno, de incertidumbre y ansiedad. Sin embargo, por sí solo no significa nada. En el contexto de mi vida, en cambio, significa un remezón existencial instantáneo y brutal.

Para mi cuerpo, significa que el fuerte dolor de espalda, el que podía resultar de un mal movimiento por alguna jugada de tenis innecesariamente heroica, me seguirá torturando. Para mi vida práctica, significa que las visitas al Instituto Nacional de Cancerología ya no serán con fines investigativos y que los túneles de tomografías y resonancias, los trámites administrativos y las salas de espera serán el pan de cada día.

Para mi espíritu, significa que tendré que reconciliarme con las miradas de compasión, dolor, angustia y a veces lástima que me propinan quienes a vuelta de redes sociales virtuales o presenciales saben que algo trágico me está pasando. También significa vivir con la espada de Damocles de recibir la noticia, en unos meses o en un par de años, de que el tratamiento de quimioterapia oral y dirigida dejó de servir.

Para las personas que más me aman, mi esposo, mi padre, mis hermanos y mis amigos, el diagnóstico significa que una presencia fundamental en su vida amenaza con extinguirse más pronto de lo que se dieron el lujo de imaginar.

En últimas, como cualquier diagnóstico de cáncer, el mío también significa que la vida es corta, o un suspiro, o un ratito, como dice la cultura popular a la que solo le ponemos atención cuando estamos “esotéricos y trascendentales”, como solía decir mi madre.

Como es obvio, ante semejante giro en la narrativa de mi propia vida, he estado pensado mucho qué hacer con el único tiempo que tengo: el presente. Ante esa pregunta existencial, la mayoría de las personas bienintencionadas sugieren, no siempre sin moralismo, condescendencia y recriminación, que debo concentrar mi energía en *aliviarme*, como si se tratara de una gripa, o como si el alivio estuviera por completo en mis manos. Mi reacción visceral y probablemente injusta ante esas recomendaciones, usualmente acompañadas de imágenes de guerrera valiente, ha sido, en el mejor de los casos, la indiferencia, y en el peor, el franco madrazo.

Entendiendo que un poco más de un mes no es tiempo suficiente para responder de manera definitiva a la pregunta de qué hacer con el tiempo presente, he decidido, en todo caso, dedicar una porción de este a hacer un esfuerzo imaginativo por conectar biografía con historia, como proponía el sociólogo estadounidense C. Wright Mills. Es esto lo que pretendo hacer en las columnas

de opinión que comenzaré a publicar en este espacio mensualmente a partir del 15 de octubre. Siguiendo el ejemplo de *Microversos*, y en la medida de lo posible, intentaré entrelazar mi experiencia vital con mi trayectoria académica y con la coyuntura.

Agradezco al equipo de *Razón Pública* por la generosa invitación y espero que algunos de los lectores se animen a acompañarme en este espacio, que prometo no será para el lamento y la autoconmiseración, sino para la reflexión genuina sobre la vida y la sociedad.

La soledad en una pastilla*

TATIANA ANDIA REY

A PESAR DE haber trabajado toda mi vida profesional en temas de salud, sabía muy poco del cáncer que me cayó encima, como un accidente, repentino y devastador. El cáncer de pulmón, he aprendido, no es una condena merecida a fumadores. Es prevalente también en personas con vidas saludables, personas buenas, probas. El mío, en particular, me lo han descrito como un cáncer de “mujeres jóvenes no fumadoras”. ¡Qué alivio! Alivio porque no parece ser culpa mía. No es el resultado de la vida intensa que he llevado, sin pausa, sin cautela. Alivio porque ya tengo qué responderle a quienes, con una buena dosis de superioridad moral, me hacen preguntas capciosas sobre el cigarrillo, probablemente con el único fin, consciente o inconsciente, de sentirse a salvo.

Mi reacción intuitiva y casi visceral, desde un principio, fue resistirme a buscar en Google y en revisiones sistemáticas para tratar de entender, por mis propios medios, lo que sabemos acerca de la “compleja situación de salud por la que atravieso” (como a prácticamente todas las personas les gusta llamar eufemísticamente al simple y lapidario cáncer).

Sorprendentemente resistí el impulso autosuficiente y decidí confiar únicamente en las personas que le han dedicado su vida a la oncología, una profesión que me parece un tanto trágica. Acostumbrada a las controversias científicas, como muy bien las han descrito los estudios sociales de la ciencia, me tranquilizó el consenso rotundo, entre varios oncólogos expertos en pulmón, sobre la

* Una versión de este texto fue publicada en *Razón Pública* el 16 de octubre del 2023.

alternativa terapéutica preferida para mi mutación. Todas y todos apuntaron hacia una terapia dirigida, un medicamento de segunda generación, disponible hace menos de una década, que mantendrá el cáncer controlado, y hasta mermado, por un tiempo.

Cuando las oncólogas nos dieron la noticia del curso del tratamiento a Andrés Elías, el amor de mi vida, y a mí, nos tranquilizaron varias cosas: que se tratara de un medicamento, una pastilla como cualquier otra, que se toma en casa, a solas, sin catéteres permanentes y horas dedicadas a contemplar su administración en una fría sala de hospital. Nos tranquilizó también que, aunque incómodos, los efectos adversos descritos parecían menos horribles que los de la quimioterapia. Ya tengo acné, diarreas y náuseas. Probablemente en un futuro tendré llagas en la boca y/o las uñas infectadas. Pero no perderé días enteros por malestar general, ni andaré por la vida demacrada, calva, o luciendo algún turbante de esos que identifican a los “luchadores” contra el cáncer.

En general, que fuera una pastilla sonaba bien, o no tan mal. Pero cuando, unos días después y ya iniciado el tratamiento, un amigo oncólogo me explicó con detalle los avances de la investigación sobre el cáncer de pulmón y las promesas de tratamiento que podrían prolongar mi vida por varios años, no sentí alivio alguno. En su lugar, sentí una profunda angustia existencial.

No me puse dichosa por la fortuna de haberme enfermado en la era de la genómica, de la inteligencia artificial, de los billones de dólares invertidos a nivel global para identificar mutaciones genéticas e inhibir el crecimiento de cánceres antes intratables. No me alegré de que hoy el cáncer sea una enfermedad crónica más, como la hipertensión, como la diabetes, como el sida. Todo lo contrario, al salir del consultorio de mi amigo me sentí desolada y con ganas de llorar.

Después de varios días de confusión pude entender mis emociones y escribir esta columna, no sin dificultad y, por lo tanto, con un poco de retraso. Lo que me angustió fue la sensación de desconexión, de abandono. Lo que me disgustó fue la rapidez con la que el “solucionismo” tecnológico reemplazó la reflexión profunda acerca del sentido de la vida.

Hasta ese día había estado empeñada en transitar el camino incierto, doloroso y significativo hacia lo más humano, que es la muerte. Hasta ese día había estado contemplando a mis seres queridos recordando el hermoso tiempo compartido. Hasta ese día había pensado en las conexiones con los demás, con la naturaleza. Pero, de un tajo, la idea de una pastilla mágica me arrebató el proceso.

Lo que sentí fue una profunda soledad. No la soledad de la enfermedad, sino la soledad del acto individual de medicarse y sobrevivir a toda costa, sin importar las condiciones y las conexiones que hacen posible y deseable la vida misma. Esa soledad propia de una sociedad individualizante y utilitarista que atribuye

la enfermedad y la salvación al comportamiento individual. Una sociedad que aliena y adormece.

No reniego de la ciencia ni pretendo negar las puertas que nos abre la tecnología, antes impensables. Pero me resisto a vivir a toda costa y a cualquier precio, sin considerar lo que me une a los míos y a los otros, a los sanos, a los enfermos, al complejo médico-industrial. En últimas, me queda mucho por pensar y por escribir acerca del cáncer, que no es una “enfermedad crónica”, sino que es “como la vida misma” (como dice Alejandro Gaviria).

La enseñanza como provocación

JUAN MANUEL GONZÁLEZ

LA IDEA DEL desarrollo ha estado en el imaginario colectivo de una gran parte de la humanidad por más de setenta años. Emergió como una posibilidad a mediados del siglo xx, incluso como una promesa para los habitantes de América Latina, Asia y África, mientras se reconocía la independencia política de los últimos países aún bajo sistemas coloniales europeos. El desarrollo se convirtió en el marco de referencia y el proyecto a seguir por excelencia para estas regiones y para los jóvenes Estados nacionales. En el despliegue del desarrollo confluyeron varios procesos: surgió el campo de la economía del desarrollo al interior de la disciplina económica; se configuró una nueva relación entre los países del norte, considerados desarrollados, y los países no desarrollados, que se expresó como la cooperación internacional y la ayuda externa; se materializó la planificación del desarrollo como teoría y como práctica, y se crearon organizaciones para estos fines en muchos países del sur; también se organizaron y llevaron a cabo innumerables misiones de expertos provenientes de Europa Occidental y Estados Unidos a países del sur para ayudar a crear las condiciones propicias para su “despegue”.

El desarrollo fue inicialmente definido como desarrollo económico, y se puso gran parte de la atención en la capacidad de producción de estas nuevas economías nacionales con el objetivo de que pudieran producir más y más bienes y servicios (es decir, obtener crecimiento económico). De tal manera, se estableció una equivalencia macroeconómica entre niveles de producción de un país y el ingreso total de su población. Dado que la característica fundamental de los países no desarrollados (“subdesarrollados”, como se les decía en esa época)

era su pobreza, definida en términos de bajos ingresos, el objetivo central se convirtió en hacer crecer los ingresos de las personas a través de mayores niveles de producción de la economía correspondiente. Con esto podrían aumentar los niveles de consumo de la población y así se lograrían mayores niveles de bienestar. Hay, desde luego, una cantidad enorme de supuestos detrás de estos argumentos, y hay numerosas escuelas de pensamiento que difieren en cuanto a los factores que privilegian para echar a andar estos procesos.

Muy rápidamente, a unos pocos años de haber iniciado esta “era del desarrollo”, aparecieron preocupaciones con la evolución de dichos procesos económicos. Las economías de muchos de estos países crecieron a gran velocidad, pero no se crearon los empleos esperados y los ingresos de las mayorías no aumentaron de manera sustancial. Además, comenzaron a aparecer distintos problemas relacionados, de una u otra manera, con los procesos desencadenados por las apuestas de desarrollo económico realizadas “desde arriba”. Algunos de estos son: inequidad y desigualdad y sus diversas manifestaciones (de género, étnica, intrafamiliar, territorial); el deterioro ambiental y el complejo balance entre actividades productivas y la protección de los sistemas naturales que los sustentan; el reclamo cada vez mayor del reconocimiento a la diversidad cultural; los complejos replanteamientos de lo local en el contexto de procesos de globalización; o la violencia recurrente en torno a la explotación de recursos minerales y al acceso de materias primas clave. Como podrá ver quien lee este ensayo, estos y otros problemas similares siguen muy vigentes hoy.

A raíz de todo esto, para muchas personas se ha vuelto evidente que lo que se ha llamado desarrollo realmente tiene que ver con muchos más aspectos de la vida colectiva, además de la economía y su capacidad de producción. El conjunto de estos llamados de atención ha sugerido que los procesos de desarrollo involucran varias cosas, como arreglos y formas distintivas de organización social; reglas de juego formales y no formales que encuadran interacciones y orientan comportamientos individuales y colectivos (o “instituciones”); opciones tecnológicas particulares para llevar a cabo las diversas actividades de la vida social y productiva; marcos de relacionamiento entre Estado, mercado y sociedad, y la definición del papel y las funciones de cada cual dentro de esos marcos; relaciones particulares con los entornos naturales; y el encuentro entre diversas propuestas culturales, dada la diversidad de las poblaciones involucradas.

Al abrir la noción de desarrollo más allá de lo económico y asumirla de manera más amplia para incluir las dimensiones anteriores, se puede sugerir que al final de cuentas todo esto tiene que ver con qué significa vivir en sociedad, qué tipo de sociedad se quiere en distintos lugares y tiempos, y cómo llegar allá de forma colectiva. Al ver el desarrollo así, se comprende que esto

necesariamente va a contener muchas y muy diversas aspiraciones, imaginarios, deseos, necesidades y metas, todas las cuales se basan en supuestos, valores, ideales, motivaciones e intereses particulares de individuos y de colectivos. Sería razonable pensar que todo esto fuera objeto de negociaciones y acuerdos colectivos. Y eso conlleva la pregunta: ¿dónde y cómo llevar a cabo todo esto?

¿A qué voy con esta muy breve exposición sobre desarrollo? Lo presento aquí como contexto para hablar de un proyecto académico en la Universidad de los Andes que inició en el primer quinquenio de los 2000 y en el que Tatiana desempeñó un papel fundamental en el diseño e implementación. Este proyecto se llevó a cabo en el Cider, un centro de estudios interdisciplinarios de la universidad que funciona como una unidad académica autónoma. Nuestra apuesta fue tomar el desarrollo como objeto de estudio, problematizando la noción, el proyecto mismo, las teorías y las prácticas detrás de él, e investigar los múltiples procesos sociales asociados con el diseño y el despliegue de las acciones encaminadas a su logro. Convencionalmente, los estudios y la práctica del desarrollo (económico) lo han tomado como una meta no problemática, un punto de llegada claro y deseable, cuantificable y posible de ser planificado. Los ejercicios asociados con esto se han asumido, en últimas, de carácter técnico, es decir, de naturaleza tecnocrática. Al tomar el desarrollo como objeto de estudio la perspectiva cambia; se toma el desarrollo como un lente para observar diversos tipos de procesos sociales que están relacionados con apuestas encaminadas a conseguirlo pero que, en general, se contemplan de manera separada y aislada.

Este tipo de ejercicios requiere la colaboración y la comunicación de varias disciplinas que permitan analizar las múltiples facetas de la vida en sociedad de manera articulada. Sugerir un enfoque interdisciplinario para el estudio del desarrollo en la universidad no fue fácil. Esto era novedoso en el país e, incluso, en América Latina. En un contexto en el que el discurso del desarrollo era dominado por agencias como el Banco Mundial, o a nivel nacional por el Departamento Nacional de Planeación (DNP) y por tanques de pensamiento económico como Fedesarrollo, la dimensión económica era, y sigue siendo en gran medida, considerada la más central, a partir del cual se desprenden todos los demás procesos deseables en un país. En este contexto resultaba difícil de aceptar que el desarrollo fuera discutido y analizado en espacios diferentes a una facultad de economía. En el público general y en la prensa el desarrollo del país sigue siendo visto como campo de experticia de los economistas, y las conexiones entre apuestas por mejorar el desempeño de la economía y otras dimensiones de la vida social siguen permaneciendo invisibles por esta razón.

En las últimas tres décadas las discusiones académicas y oficiales sobre desarrollo —en especial a nivel de las agencias internacionales de cooperación y la

banca multilateral— han ido incorporando gradualmente nuevas dimensiones en los análisis, además de la económica. Una manera muy rápida e interesante de ver cómo se ha dado este proceso se puede hacer al revisar el *Informe de desarrollo mundial* que publica el Banco Mundial cada año. Cada informe tiene un tema central que generalmente indica y presenta el estado del arte de las discusiones oficiales y convencionales sobre desarrollo. Al hacer esta revisión, se puede observar la forma en la que se han abordado temas relacionados con ambiente, género, multiculturalismo, conocimiento, instituciones, corrupción, normas sociales, innovación y cambio tecnológico, gobernanza y el papel de Estados, mercados y sociedad civil, entre muchos otros. Sin embargo, la incorporación de todas estas dimensiones a la discusión acerca del desarrollo se ha hecho de una manera muy particular: el objetivo central ha sido analizar y explicar cómo estas pueden afectar de manera positiva o negativa el desempeño de las economías. Es decir, estos aspectos de la vida social no tienen, en esta aproximación, valor en sí mismos; se consideran en cuanto pueden tener efectos sobre el desempeño y el crecimiento económico. Este proceso de *mainstreaming* ha podido tomar posiciones y líneas de argumentación que inicialmente emergieron como críticas conceptuales y políticas, y las ha normalizado dentro de los análisis y las prescripciones convencionales del desarrollo económico.

Ahora bien, en lo que resta de este ensayo quiero resaltar cuatro aspectos centrales de esta propuesta académica en el Cider, en los cuales las contribuciones de Tatiana fueron fundamentales.

Primero: ¿cómo diseñar un currículo para este tipo de programa: un programa de maestría en estudios interdisciplinarios de desarrollo? ¿Cómo trabajar en procesos de enseñanza y aprendizaje con personas que se desempeñan en campos muy distintos asociados a lo que comúnmente llamamos desarrollo? ¿Cómo sacar provecho de manera constructiva de perfiles profesionales y experiencias tan variadas sin que se convierta en ruido incomprensible? ¿Cómo sentar unas bases comunes y un lenguaje común para colocar a todos los participantes en sintonía, pero que deje espacio para trayectorias de análisis y reflexión basadas en múltiples áreas de conocimiento? ¿Cómo enseñar de manera interdisciplinaria, y cómo enseñar a hacer interdisciplina? ¿Cómo diseñar procesos de investigación interdisciplinarios que sustenten la pedagogía y los cursos ofrecidos?

Estas son preguntas para las cuales no hay respuestas definitivas. Hay décadas de discusiones y experimentos académicos sobre esto en muchos lugares. En lo que sí hay un acuerdo es que la interdisciplina requiere, para comenzar, una actitud de apertura por parte de individuos y de colectivos que esperan trabajar juntos. Tatiana, con su formación interdisciplinaria hasta ese momento

(en economía, historia, estudios de desarrollo), junto con su entusiasmo y capacidad de liderazgo, tenía un bagaje ideal para coordinar este proceso dentro del Cider. Otro punto muy importante tiene que ver con establecer criterios de rigurosidad, sin que se conviertan en una camisa de fuerza —como termina ocurriendo en ocasiones dentro de las disciplinas—, pero evitando que se conviertan en ejercicios eclécticos. Desde hace algunas décadas se puede ver cómo este es cada vez más el tipo de ejercicios que intentan abrirse espacios en universidades, tanques de pensamiento, centros de investigación y organizaciones internacionales en sus esfuerzos por abordar, comprender e influenciar los grandes retos que enfrenta la humanidad en el escenario global, junto con sus repercusiones locales. Sin embargo, estos proyectos siempre se enfrentan a muchas dificultades: recursos insuficientes, problemas de reconocimiento y validación, falta de espacios de divulgación y circulación, entre otras.

Segundo: un objetivo importante de la maestría (y de los demás programas académicos en el Cider) ha sido promover un pensamiento crítico en los estudiantes. Esto no es novedoso; ha sido el objetivo de muchos programas en muchos lugares desde hace un buen tiempo. En muchos casos, esto se ha hecho al exponer a estudiantes a visiones heterodoxas, no convencionales y críticas a los enfoques convencionalmente ofrecidos en los programas de estudio en las ciencias sociales, lo que permite que los estudiantes tengan acceso a explicaciones diferentes acerca de los problemas que se están estudiando. Sin embargo, sucede con frecuencia que la presentación de estas otras visiones se hace de manera acrítica, sin cuestionar sus conceptos, las relaciones causales que plantean, o los supuestos detrás de sus argumentos, con lo cual se corre el riesgo de reemplazar una visión dogmática por otra.

Con el tiempo, en el Cider, y en gran parte gracias a las conversaciones tan abiertas entre profesores y estudiantes sobre la complejidad de los problemas que se estaban discutiendo y analizando, caímos en cuenta de que un pensamiento crítico se construye en gran medida a través de procesos de autodescubrimiento, sin decirle a alguien cuál enfoque es correcto y cuáles no lo son. Para esto es importante tomar los enfoques mismos como objeto de análisis, interrogar los conceptos, identificar los supuestos, problematizar las explicaciones que ofrecen y conocer los contextos en los que aparecen, se construyen y circulan. Por otra parte, un proceso de autodescubrimiento necesita que la persona que está enfrentada a un problema y busca aprender para poder abordarlo sea inquieta, que no se satisfaga fácilmente con la primera explicación, que no dé por sentadas las cosas fácilmente, que no crea en fórmulas rápidas o en recetas replicables; es decir, una actitud de rebeldía a la hora de aprender y de investigar. Nuestra apuesta pedagógica en el Cider fue que este tipo de actitud y estos procesos de

autodescubrimiento se pueden facilitar, motivar y promover para brindarles a los estudiantes múltiples formas de abordar problemas o retos sociales. Esto les enseña a problematizar esos enfoques y a dimensionar los alcances de cada explicación, y enfatiza la importancia de considerar los contextos en los que se dan los problemas que se están analizando, así como las explicaciones que se han ofrecido.

Tercero: lo anterior llevó a diferentes apuestas metodológicas para el diseño del currículo del programa, así como desafíos por parte de los profesores para el diseño de sus cursos y su didáctica. Al tomar esta aproximación al estudio del desarrollo, el diseño de las materias se convierte en un ejercicio de diseñar guiones. No hay libros de texto que establezcan lo que hay que enseñar, como ocurre en las disciplinas; cada asignatura requiere de la recopilación y articulación de muchos tipos de análisis en torno a los problemas que se van a cubrir en ella. Voy a mencionar aquí una apuesta metodológica que Tatiana y yo desarrollamos para construir la malla curricular del programa y para diseñar nuestros cursos, que también utilizamos en investigación y consultoría: la construcción de mapas conceptuales. La intención es que estos mapas plasmen categorías, conceptos y elementos relevantes para un problema o tema a abordar, y que con ello se pueda indicar el tipo de relaciones entre estos componentes. Un colega en el Cider, Adolfo Izquierdo, propuso la noción de *red categorial* para sugerir la posición o localización y jerarquía de cada elemento, concepto o categoría con respecto a las demás.

Estos mapas conceptuales se entienden, entonces, como marcos analíticos, es decir, instrumentos que sirven para identificar elementos constitutivos de algo que se busca analizar y comprender, y para sugerir las posibles relaciones entre estos elementos. Estos mapas conceptuales no son teorías; no pretenden establecer relaciones causales entre los elementos. Tampoco se refieren a tipos ideales como los que se diseñan en las ciencias sociales con el fin de ser utilizados como referentes hipotéticos o imaginarios, y con respecto a los cuales se contrastan y comparan arreglos o formas de organización reales y observadas. Los mapas aquí propuestos se asemejan, más bien, a lo que en cartografía se denomina mapas base: mapas de referencia que se utilizan para visualizar información geográfica clave que proporcione datos relevantes de contexto y ubique los elementos entre sí. A estos mapas base luego se les pueden superponer capas de información adicional relacionadas con una pregunta de investigación o un problema que se quiere observar. En el caso de los mapas conceptuales, esta “información geográfica básica” se refiere a los conceptos, categorías y elementos del marco analítico que se construye.

Un mapa conceptual de ese tipo permite al analista tener un panorama amplio de lo que va a estudiar, ya que puede visualizar un buen número de los

elementos que lo componen. Esto permite localizar e identificar el punto de entrada de diferentes teorías y argumentos explicativos que se están revisando con relación al problema en estudio. Todo esfuerzo por explicar un fenómeno necesita optar por un punto de entrada hacia él. Ese punto de entrada tendrá relación con la pregunta que se han hecho las analistas, y los marcos teóricos que utilizan para abordar el problema al inicio. Toda teoría funciona como un farol, ilumina solo una porción de un fenómeno, y deja a oscuras una gran cantidad que no logra cubrir. El objetivo del mapa conceptual es poder hacer visibles varios de los elementos constitutivos de un fenómeno, para que, con ello, quien investiga pueda identificar qué faroles están utilizando distintos análisis y qué puntos de entrada iluminaron; además, permite preguntarse por el alcance de esas explicaciones y poder decidir qué punto de entrada quiere utilizarse para la pregunta de investigación y qué marco teórico es útil para el ejercicio. Todo esto hace parte del proceso de autodescubrimiento que mencioné en el punto anterior.

Este tipo de mapa conceptual se puede utilizar de manera similar a un mapa digital: en algunos momentos quien lo está usando se acercará a uno o pocos elementos para poder estudiar los detalles, pero también es importante que en otros momentos se aleje para así poder colocar esos detalles en un contexto más general. Este tipo de ejercicio ayuda a conectar puntos que, de otra manera, podrían no haber sido identificados, sugerir nuevas preguntas a partir de esto y trazar rutas o trayectorias de investigación a lo largo del mapa que abran nuevos horizontes. El mapa, al ser un referente base para el problema que se está estudiando, permite también realizar análisis comparativos e históricos, tal como lo permiten los mapas base en cartografía.

Una aclaración final sobre esta figura de mapas conceptuales que menciono aquí: al ser marcos analíticos para abordar problemas y preguntas de investigación o para diseñar cursos, son construcciones que realiza la analista o la profesora, son dispositivos heurísticos que buscan organizar elementos que se considera que hacen parte de ese problema. Nunca van a ser productos terminados y no van a explicar lo que está ocurriendo. El objetivo es organizar información, hacer legible esa información y, con base en ello, facilitar conversaciones al ayudar a que quienes participen puedan saber dónde se ubican y de esa manera construir puentes y articularse.

Finalmente, al cuarto punto: otra apuesta importante del proyecto académico del Cider ha sido siempre tener muy presente y en todo momento hacer explícita la relación intrínseca entre teoría y práctica, con el propósito de articular la academia con prácticas profesionales no académicas. En esto la contribución de Tatiana también fue muy importante, dada su propia habilidad y predisposición

para moverse entre estos mundos. Con esto en mente es que planteamos nuestra propuesta como un proyecto político-académico. Esto porque partimos del reconocimiento de que la construcción de arreglos sociales y todo lo que esto involucra, así como las discusiones sobre cómo llegar allá, no se deben hacer sin un debate público robusto y comprometido. Los perfiles y los lugares de trabajo tan variados de los estudiantes del Cider siempre han servido de insumos importantes para realizar puentes entre construcciones teóricas y analíticas en la universidad y los problemas y retos concretos que se quieren comprender e intervenir. En gran medida, los mapas conceptuales que mencioné se han llenado de información compartida por los estudiantes a lo largo de los años, lo cual ha creado cada vez más capas superpuestas y ha enriquecido las preguntas y las rutas analíticas. Ha sido parte de la misión del Cider participar activamente en los debates públicos y ayudar a robustecer la participación de las personas en estos espacios a través de sus programas y actividades.

Ante la magnitud de los problemas y los retos que hoy enfrentamos en todas las escalas, desde lo municipal hasta lo global, la idea de estudiar e investigar de manera interdisciplinaria, de fomentar un pensamiento crítico, de articular teoría y práctica, y de participar en los debates públicos de manera informada y comprometida, parecería ser absolutamente razonable y deseable. En el caso del Cider la apuesta ha sido utilizar el desarrollo como mecanismo para facilitar y provocar esto, al tomarlo como objeto de estudio y problematizarlo. Como lo mencioné, es una noción que, al utilizarse como lente, permite abordar muchas dimensiones de la vida social e identificar conexiones entre ellas. Ahora bien, el desarrollo es un concepto muy controvertido hoy en día en las ciencias sociales, y muchos analistas prefieren no usarlo. Claramente se pueden usar otros puntos de entrada para realizar este tipo de ejercicios interdisciplinarios, críticos y reflexivos. Sin embargo, lo que parece primar es un sonambulismo de gran parte de la gente, un deseo por recetas sencillas y rápidas, y el riesgo de que la academia se vuelva cada vez más ensimismada, endogámica, alejada de la realidad vivida por la gente e, incluso, irrelevante por la manera en que ha evolucionado su institucionalización y la evaluación de su desempeño.

Las sociedades necesitan espacios de reflexión colectiva en los que se interroguen y problematicen los arreglos existentes y las trayectorias seguidas. Esto es algo que Tatiana siempre tuvo claro desde que la conocí: su fuerza, empeño, convicción y dedicación fueron esenciales para el proyecto del Cider y, como otros capítulos de este libro ilustran, también han sido muy importantes en otros proyectos en los que ella participó.

Las conexiones*

TATIANA ANDIA REY

EL CÁNCER ES como un viaje. Probablemente por eso, desde que logré alzar cabeza después de recibir el diagnóstico definitivo y siguiendo una intuición casi visceral, me he dedicado a hacer un repaso de mi vida.

En una versión inicial de esta columna escribí que este repaso consistía en visitar dos ámbitos, conectados pero independientes, de mi existencia. Por una parte, las relaciones, los familiares y amigos (lo de afuera, lo relacional) y, por otra parte, los pensamientos, los sentimientos (lo de adentro, lo íntimo). Ahora, arrepentida y casi avergonzada de lo que se parecía más a una división de campos de estudio entre la sociología y la psicología que a mi experiencia personal, diré que el repaso se ha tratado de visitar mis amores. Amores, todos ellos, constituidos por un ensamblaje, a veces complejo, pero siempre discernible, de personas, animales, plantas, ideas, experiencias, espacios, tiempos, sonidos, objetos, etc.

En locaciones distintas, en torno a mesas con comida y vino, en medio de caminatas urbanas y campestres, identificando estilos arquitectónicos y especies de plantas o tipos de hongos, por medio de audios y textos de WhatsApp, he tenido conversaciones fantásticas con quienes me rodean acerca de lo que nos une, de las vivencias compartidas, de consensos y disensos, de lo que creemos que nos hace singulares y de lo que nos recuerda que somos simplemente humanos.

* Una versión de este texto fue publicada en *Razón Pública* el 13 de noviembre del 2023.

Lo que comenzó como una condena de muerte se ha convertido en una oportunidad única para hacer un duelo tranquilo y compartido al lado de quienes más amo. Un funeral lento, con tiempo para el silencio y para los discursos reflexivos y significativos. Una ventana hacia lo que puede ser cuando tenemos la certeza de que ya no será.

Pero nada de esto sería posible si no fuera por el acceso oportuno y privilegiado que he tenido al diagnóstico, la atención y el tratamiento de mi enfermedad. Ese acceso oportuno y privilegiado, contrario a lo que muchos piensan, me lo ha garantizado el sistema de salud colombiano. El sistema de salud a secas, sin prepagada y en un hospital público con los más altos estándares de calidad, pero especialmente de humanidad (a excepción de un breve encuentro infortunado con un neurocirujano al que se le fue la mano en egolatría). El mismo sistema de salud que queremos reformar.

No pretendo afirmar que mi experiencia es generalizable. Como lo he dicho en otros espacios de opinión y como lo he visto con mis propios ojos trabajando con madres migrantes venezolanas, las inequidades de la sociedad colombiana se cuelan por todas partes y de forma muy dolorosa en el sistema de salud. Pero reconocer que eso es así, no significa que podamos desconocer los avances que como sociedad hemos alcanzado en materia de acceso a la salud.

De las muchas cosas que me han sorprendido, a veces positiva y a veces negativamente, acerca del sistema de salud colombiano, quisiera resaltar una que es uno de mis amores. Se trata del acceso privilegiado que Colombia garantiza, cuando se compara con el resto de los países de América, a medicamentos de alto costo no incluidos en los planes de beneficio.

En gran medida, lo que me permite escribir estas líneas hoy es un medicamento, una píldora azul de tamaño razonable para ser tragada sin dificultad, con o sin agua. Mientras que un paciente en Estados Unidos tendría que pagar, de su bolsillo, unos 12 000 dólares al mes por este tratamiento, yo no tengo que pagar nada. Mientras un paciente igual a mí en Estados Unidos, en Perú o en Uruguay estaría pensando en cómo conseguir el dinero para comprar unos meses más de vida con sus seres queridos, nuestro sistema de salud, alineado con el derecho fundamental a la salud, nos da acceso a mí y a cualquier colombiano con este tipo de cáncer (más bien raro) a una terapia costosa que nos dará tiempo suficiente para conectarnos y para despedirnos. Es más, gracias a la regulación de precios de medicamentos, el sistema de salud colombiano no paga 12 000 dólares al mes por este medicamento, sino alrededor de 7 millones de pesos al mes (1700 dólares).

A pesar de los logros del derecho a la salud y de la regulación de precios, en un país en desarrollo como Colombia, con recursos escasos, los costos de

oportunidad son aciagos. Un mes de mi medicamento podría pagar el seguro de salud anual (la UPC) de casi 6 personas del régimen contributivo o del subsidiado, o el salario mensual de un médico general, o el de dos enfermeros, o muchas más equivalencias similares que garantizarían atención primaria en salud y que son incómodas de hacer.

La ambición fundamental de nuestro sistema de salud de darle la mejor salud a todos los ciudadanos se ha traducido en grandes desbalances financieros, pero también en grandes desbalances en términos de equidad. Esa misma ambición informa las crisis pasadas y la crisis actual del sistema. Nos desgastamos discutiendo el rol, los accionistas y las reservas técnicas de las EPS, pero nadie está hablando de uno de los retos más importantes de todos: la cura de la enfermedad, a nivel global, es cada vez más imposible de financiar y cuando se logra su financiamiento va en detrimento de otras inversiones en salud.

Escribir esto, conectarse con el mundo antes de morir, es una oportunidad que debería ser asequible para todas y todos, siempre y en cualquier lugar, pero se ha convertido en un lujo al que cada vez menos personas en el mundo podrán acceder. Pero nadie parecer estar prestando atención y la reforma que se tramita en el Congreso no dice nada al respecto.

La multidisciplinariedad y la economía

ÁLVARO MORALES

LA ECONOMÍA, COMO disciplina que busca comprender el funcionamiento de las sociedades humanas mediante sus interacciones económicas, se enfrenta a uno de los objetos de estudio más complejos imaginables: el agregado de las decisiones individuales de millones de personas que interactúan de manera simultánea. Esta complejidad plantea un doble desafío para la disciplina. Por un lado, la necesidad de reconocer y preservar la diversidad de aproximaciones dentro de la propia economía para capturar las múltiples dimensiones del fenómeno económico. Por el otro, la importancia de mantener un diálogo constante con otras disciplinas sociales, como reconocimiento de que la actividad económica no puede entenderse de manera aislada a otros procesos sociales. Albert Hirschman, en *Exit, Voice, and Loyalty*, señala que estas decisiones emergen de una red intrincada de relaciones sociales, en las que los comportamientos individuales y colectivos se retroalimentan de forma constante. Esta complejidad fundamental ha dado lugar, inevitablemente, a múltiples interpretaciones y marcos conceptuales para su comprensión. Algo similar a lo mencionado por Karl Polanyi, quien afirmó que la actividad económica está siempre “incrustada” en un tejido social más amplio, y que cualquier intento de comprenderla debe reconocer esta realidad fundamental.

Distintas escuelas de pensamiento económico han emergido para poder navegar estas distintas dimensiones de complejidad. Aquellas son respuestas parciales y, en muchos casos, complementarias a la complejidad del sistema económico. Cada una de dichas escuelas ha desarrollado sus propias herramientas analíticas y marcos conceptuales, al enfatizar diferentes aspectos de la realidad

económica y social. La escuela institucionalista, por ejemplo, se ha centrado en comprender cómo las instituciones moldean el comportamiento económico, mientras que la escuela poskeynesiana ha puesto énfasis en la naturaleza de por sí inestable de las economías capitalistas y el papel fundamental de la incertidumbre. La escuela marxista, por su parte, ha privilegiado el análisis de las relaciones de poder y las contradicciones inherentes al sistema capitalista. Esta diversidad de aproximaciones refleja no solo la complejidad del objeto de estudio, sino también la imposibilidad de capturarlo desde una única perspectiva teórica.

Sin embargo, la historia del pensamiento económico no ha sido una de coexistencia pacífica entre estas diferentes perspectivas. La distinción entre ortodoxia y heterodoxia en economía ha estado marcada por cambios profundos, ligados de manera íntima a las transformaciones sociales y políticas de cada época. A principios del siglo xx, por ejemplo, la ortodoxia económica, representada por la síntesis neoclásica, surgió como respuesta a las necesidades de la industrialización y el desarrollo del capitalismo moderno. La Gran Depresión de los años treinta cuestionó con severidad esta ortodoxia, lo cual dio paso al predominio del pensamiento keynesiano, que legitimó un papel más activo del Estado en la economía. Este consenso keynesiano perduró hasta la crisis de estanflación de los años setenta, cuando una nueva ortodoxia, basada en el resurgimiento del pensamiento neoclásico y monetarista, obtuvo predominancia. Esta transición no fue meramente teórica: reflejó cambios fundamentales en la organización social y política del capitalismo global, simbolizados por las administraciones de Margaret Thatcher en el Reino Unido y Ronald Reagan en Estados Unidos, y cristalizados en lo que más tarde se conocería como el Consenso de Washington.

Este último giro hacia la ortodoxia neoclásica ha tenido implicaciones profundas para la profesión económica en particular, al transformar no solo el contenido sino también la naturaleza misma de la disciplina. El influyente ensayo de Milton Friedman sobre la metodología de la economía positiva estableció las bases filosóficas para esta transformación, al argumentar que la economía debía aspirar a ser una ciencia “libre de valores”, que se juzgue únicamente por su capacidad predictiva. Esta perspectiva positivista, junto con la creciente matematización de la disciplina, ha llevado a un progresivo abandono de las discusiones sobre economía política en los principales departamentos de economía, en especial en Estados Unidos. Los debates acerca de los valores, el poder y la justicia social, que alguna vez fueron centrales para la disciplina, han sido desplazados por un énfasis en la técnica y la formalización matemática. Este modelo de formación económica, que se originó en las universidades estadounidenses, se ha extendido en el mundo a medida que estas instituciones se han convertido en el referente dominante para la educación económica. Como

resultado, se han formado generaciones enteras de economistas con una visión cada vez más estrecha de su disciplina, en la que las preguntas fundamentales sobre la organización económica de la sociedad se han reemplazado por ejercicios técnicos de optimización y predicción.

La simplificación metodológica propuesta por Friedman, aunque presentada como una decisión puramente pragmática, tiene implicaciones filosóficas y políticas profundas para la disciplina. Al argumentar que los supuestos de un modelo económico no necesitan ser realistas mientras sus predicciones sean acertadas, esta perspectiva metodológica naturaliza ciertos axiomas fundamentales sobre el comportamiento humano y el funcionamiento de los mercados. La racionalidad instrumental, la búsqueda del interés individual y la tendencia al equilibrio dejan de ser hipótesis de trabajo para convertirse en verdades axiomáticas. Esta transformación es problemática, en particular porque estos supuestos, lejos de ser neutrales, incorporan una visión específica del mundo y de la naturaleza humana. Como señaló Amartya Sen, la caracterización del ser humano como un maximizador racional de su propio interés no es solo una simplificación metodológica, sino que, además, tiene profundas implicaciones éticas y políticas sobre cómo entendemos la sociedad y las relaciones humanas.

Esta situación se ha visto exacerbada por la forma en la que la teoría económica neoclásica se ha instrumentalizado en el proceso político desde la década de 1980. Lo que comenzó como una metodología para la investigación académica se transformó en un poderoso dispositivo de legitimación política. Los modelos económicos, presentados como herramientas técnicas y neutrales, han servido con frecuencia para justificar políticas de liberalización y desregulación que benefician a grupos de interés específicos. La supuesta objetividad y cientificidad de estos modelos ha funcionado como un escudo que protege estas decisiones políticas del escrutinio democrático, al presentarlas como conclusiones técnicas inevitables en lugar de elecciones políticas debatibles. Esta dinámica se ha visto reforzada por la desaparición progresiva de espacios para el debate y la crítica dentro de la disciplina. La concentración del poder académico en un número reducido de departamentos de economía, todos adheridos a una visión similar de la disciplina, ha creado un círculo vicioso en el que la falta de diversidad en la formación económica reproduce y amplifica la hegemonía del pensamiento neoclásico.

La pérdida de pluralismo en la formación económica ha estado acompañada por un aislamiento paulatino de la economía con respecto a otras disciplinas. Los primeros grandes pensadores económicos eran, ante todo, intelectuales con una formación amplia y diversa. Adam Smith era profesor de filosofía moral y su análisis económico tuvo conexiones profundas con consideraciones éticas

y sociales. Joseph Schumpeter combinó el análisis económico con una profunda comprensión de la historia y la sociología, lo que le permitió desarrollar su teoría de la innovación y el cambio social. John Stuart Mill integró la economía política con la filosofía y la teoría política. Esta rica tradición multidisciplinaria permitía a los economistas situar los fenómenos económicos en su contexto social e histórico más amplio, al reconocer la complejidad de las motivaciones humanas y las instituciones sociales.

Sin embargo, la profesionalización y especialización de la economía durante el siglo xx ha llevado a un empobrecimiento de esta perspectiva multidisciplinaria. La formación actual de los economistas privilegia las herramientas técnicas y matemáticas por sobre el conocimiento histórico, filosófico o sociológico. Esta estrechez en la formación tiene consecuencias profundas no solo en cómo los economistas entienden su propia disciplina, sino también en cómo conceptualizan los problemas sociales y las posibles soluciones. Dado el papel cada vez más influyente de los economistas en la toma de decisiones públicas y privadas, esta limitación en su perspectiva tiene implicaciones directas en la vida de las personas, pues las políticas económicas que generan tienden a ignorar dimensiones sociales y culturales cruciales para su efectividad.

En años recientes han surgido algunos signos prometedores de un interés renovado por la multidisciplinariedad en economía. La economía conductual, por ejemplo, ha reintegrado aprendizajes de la psicología en el análisis económico y cuestiona la visión simplista del *homo economicus*. El análisis de redes sociales ha comenzado a infiltrarse en la investigación económica, lo cual brinda nuevas herramientas para entender la complejidad de las interacciones económicas. Sin embargo, eventos recientes como el otorgamiento del Premio Nobel de Economía 2024 a Robinson, Acemoglu y Johnson por sus contribuciones sobre el papel de las instituciones en el desarrollo económico revelan cuán lejos está aún la disciplina de una verdadera integración multidisciplinaria. Sus hallazgos sobre la importancia de las instituciones y las relaciones de poder en el desarrollo económico, aunque presentados como novedosos dentro de la economía, han sido parte del conocimiento establecido durante décadas en ciencia política, sociología y antropología. Este desfase temporal entre el reconocimiento de estas ideas en economía y su desarrollo previo en otras ciencias sociales es un testimonio del persistente aislamiento de la disciplina económica.

Las reflexiones de Karl Polanyi en *La gran transformación* son particularmente relevantes para entender las consecuencias de este aislamiento disciplinar. Polanyi argumentó que el proyecto de la economía neoclásica no era una mera descripción de la realidad económica, sino un programa político que buscaba “desarraigar” la actividad económica de su contexto social más amplio.

Al presentar el mercado autorregulado como un sistema natural y autónomo, la teoría económica dominante ha contribuido a naturalizar una forma específica de organización económica que olvida que los mercados siempre han estado y estarán “incrustados” en relaciones sociales más amplias. Esta crítica de Polanyi no solo apunta a un problema metodológico en la economía, sino que también revela cómo la especialización excesiva de la disciplina ha servido para oscurecer, más que para iluminar, la naturaleza —en últimas— social de la actividad económica.

Albert Hirschman, por su parte, nos brinda un modelo diferente de hacer economía, uno que combina el rigor analítico con una sensibilidad profunda hacia la complejidad social. A lo largo de su carrera, Hirschman se resistió con firmeza a la tendencia hacia la excesiva abstracción y formalización en economía. Su trabajo acerca del desarrollo económico, por ejemplo, está influenciado por la observación directa y el análisis histórico, que muestra cómo las decisiones económicas están siempre entrelazadas con factores políticos, culturales y sociales. Su concepto de *salida, voz y lealtad* ejemplifica perfectamente cómo se puede enriquecer el análisis económico al incorporar perspectivas de otras disciplinas; en este caso, la ciencia política y la sociología. Para Hirschman la comprensión de los fenómenos económicos requería necesariamente una aproximación multidisciplinaria, pues las decisiones económicas nunca ocurren en el vacío social que suponen los modelos neoclásicos.

La recuperación de la diversidad en la formación económica es una necesidad urgente para la profesión. Si bien la escuela neoclásica ha demostrado su utilidad para explicar ciertos fenómenos económicos, en particular aquellos relacionados con la determinación de precios en mercados competitivos o el comportamiento de agentes bajo restricciones bien definidas, la complejidad de los fenómenos económicos contemporáneos requiere de una caja de herramientas más diversa. La financiarización de la economía global, el cambio climático, la desigualdad persistente o las crisis financieras recurrentes son fenómenos que no se pueden comprender desde una única perspectiva teórica. La recuperación del pluralismo en la formación económica no solo enriquecería nuestra comprensión de estos fenómenos, sino que también fomentaría una mayor humildad epistemológica en la profesión. Reconocer que en economía, como en cualquier ciencia social, no existen verdades definitivas sino interpretaciones más o menos útiles según el contexto, es fundamental para formar economistas con un pensamiento más crítico y una mayor consciencia de la responsabilidad social de su profesión.

La importancia de la multidisciplinarietà en la formación económica va más allá de la simple acumulación de conocimientos de diferentes campos. Como señaló Mark Twain, “la historia no se repite, pero rima”, y esta

observación tiene una relevancia particular para la economía. Los patrones que observamos en los fenómenos económicos contemporáneos hacen eco de eventos históricos, están moldeados por estructuras sociales estudiadas por la sociología, se manifiestan a través de comportamientos analizados por la psicología, y operan dentro de marcos institucionales investigados por la ciencia política. La comprensión de estas interconexiones no es un lujo académico sino una necesidad práctica. Las crisis financieras, por ejemplo, no pueden entenderse por completo sin considerar factores psicológicos como el comportamiento de manada, aspectos sociológicos como las redes de confianza y dimensiones políticas como la regulación financiera. La multidisciplinariedad permite a los economistas identificar estas “rimas” históricas y sociales, lo cual enriquece tanto el análisis teórico como la práctica profesional.

Más allá de su valor para la profesión, la formación multidisciplinaria transforma fundamentalmente la perspectiva del economista como individuo. Al exponerse a diferentes formas de pensar y analizar la realidad social, el economista desarrolla una apreciación más profunda de la complejidad humana. La literatura nos enseña acerca de la diversidad de motivaciones humanas más allá del interés propio, la filosofía nos ayuda a cuestionar los supuestos éticos implícitos en nuestros modelos y la historia nos muestra la contingencia de nuestras instituciones económicas actuales. Esta exposición a diferentes disciplinas no solo enriquece el análisis económico, sino que también despierta y nutre la curiosidad intelectual. Un economista formado en múltiples disciplinas está mejor equipado para establecer conexiones innovadoras, para cuestionar con sabiduría los dogmas establecidos y para mantener viva esa sensación de asombro ante la complejidad de los fenómenos sociales que debería estar en el corazón de toda investigación científica.

Esta perspectiva amplia de la profesión, así como un abordaje multidisciplinario de los fenómenos sociales, ha sido la impronta de la enseñanza de economía y sociología de la profesora Tatiana Andia. Su formación en economía, historia, desarrollo y sociología le proporcionó una perspectiva exhaustiva de los fenómenos sociales, alejada de modelos simplistas y reduccionistas. Esta visión multidimensional permeó cada aspecto de su carrera profesional y su legado académico.

Esta perspectiva también impactó de manera directa su papel como profesora, académica y “burócrata visitante”, término acuñado por ella durante su doctorado para describir a personas como ella, que saltan entre ocupaciones, de la academia al servicio público y viceversa, con la multidisciplinariedad como vocación. Como académica, Tatiana se concentró en objetos de estudio que se ubican justo en la intersección multidisciplinar, lo cual enriqueció y expandió

el conocimiento en varias ramas del saber al mismo tiempo. Como burócrata visitante, llevó consigo la perspectiva de múltiples disciplinas para abordar problemas inmediatos de política pública, con resultados extraordinarios en Colombia, especialmente en el sector salud. Por ejemplo, en la política de regulación de precios de medicamentos, Tatiana no solo se restringió a la perspectiva económica, sino que también incluyó perspectivas antropológicas, sociológicas y de género, lo cual influyó en la regulación de medicamentos anticonceptivos con una importante repercusión sobre el ejercicio de los derechos sexuales y reproductivos. En otra ocasión, fue el papel de la psicología y el comportamiento lo que ayudó a transformar los incentivos de prescripción como herramienta regulatoria del sistema de salud colombiano.

Finalmente, como profesora —labor que ejerció dentro y fuera de los salones de clase—, Tatiana siempre se preocupó por transmitir a sus estudiantes la importancia de entender de forma amplia los fenómenos económicos y sociales, con todas las complejidades que esto implica. En todos los que hemos sido formados por ella perdura ese interés por la complejidad, la curiosidad intelectual que despierta la multidisciplinariedad y, ante todo, el amor por entender la realidad en la que estamos inmersos

Crisis y cambio social*

TATIANA ANDIA REY

EL ANUNCIO DE un cáncer, como el estallido de una crisis social, parte en dos la vida de las personas. Tal vez por eso, la experiencia más parecida al cáncer que yo había tenido es la pandemia.

Una pandemia, como una enfermedad o una muerte accidental, son críticas en gran medida porque son impredecibles. Así como no se les ve venir, no se sabe tampoco cómo se van a desenlazar. El cáncer puede estar creciendo dentro del cuerpo, pero uno no lo nota hasta que un día estalla como un desastre natural, como una revolución, como una guerra, como una debacle económica, como una pandemia. De la noche a la mañana revuelca todo a su paso. Un día todo es normal y al día siguiente nada es normal.

Es lo impredecible lo que genera un buen periodo de disonancia cognitiva. Los elementos con los que normalmente procesamos la realidad y le damos sentido dejan de funcionar por un rato. La incertidumbre sobre el futuro, la duda misma sobre la existencia de un futuro, más allá de las horas en que nos sabemos inmediatamente vivos, genera ansiedad y miedo.

La experiencia de la pandemia me ha sido útil para enfrentar y entender estos primeros meses del cáncer. Básicamente he abordado la enfermedad de una forma muy similar a la que abordé la pandemia. Eso sí, con el privilegio que, en el caso del cáncer, ha sido tener tiempo de bienestar físico renovado por un tratamiento efectivo, y, en el caso de la pandemia, fue la suerte de no haber

* Una versión de este texto fue publicada en *Razón Pública* el 9 de enero del 2024.

perdido a alguien cercano. La crisis es muy distinta para el que la tiene que atravesar cargando el peso de un dolor inmenso.

El abordaje, casi intuitivo en ambos casos, fue y ha sido el de contribuir con lo que pudiera desde mi posición y, a la vez, realinear el orden de prioridades de todo lo demás que ocurre en mi vida. Por ejemplo, escribir estas columnas y hablar de la enfermedad se parece mucho a hablar del covid en las brigadas y las clases abiertas virtuales que hicimos con algunos colegas cuando nadie entendía mucho de la pandemia.

Pero lo más parecido entre las dos experiencias ha sido el reordenamiento de las prioridades de la vida cotidiana. Casi sin distinción a lo que ocurrió en los primeros meses del covid, me he dedicado a mí y a mis más cercanos, he evitado las relaciones dolorosas, he evitado las actividades que agregan poco valor y he maximizado todas aquellas que me producen felicidad y gratificación. En el desorden y la confusión propias de cualquier crisis, me he dado toda la licencia para estrechar los lazos más significativos y he dado la mayoría de los abrazos que siento que debo dar.

Pero todos sabemos que así no se viven usualmente los primeros meses del cáncer ni se vivieron los primeros de la pandemia, al menos no para todo el mundo. Las experiencias son y fueron totalmente distintas, dependiendo de la posición social que uno ocupa en el momento de la tragedia.

En la pandemia recuerdo reconocermé profundamente afortunada por muchos factores, comenzando por mi edad. Los más jóvenes y los más viejos la pasaron mucho peor. Fui afortunada también por mi situación afectiva, terminaba una relación, pero comenzaba una nueva con todo el tiempo para disfrutar cada instante en un encierro que pareció más una luna de miel larga. Quienes se divorciaron o enfrentaban violencias de género e intrafamiliar pasaron por un infierno. También pasé las cuarentenas en una casa amplia, en lugar de un pequeño espacio hacinado. Para completar, mi trabajo no dependía de las actividades presenciales. Las clases se volvieron rápidamente virtuales y mis colegas y yo mantuvimos la seguridad económica. Quienes trabajaban en la informalidad o en sectores muy sensibles a lo presencial padecieron hambre.

Así tal cuál es el cáncer. La posición de la persona cuando se enferma lo cambia todo, desde el acceso efectivo a servicios de salud, pasando por las redes de apoyo, hasta la disposición física y mental a enfrentarlo. Muchos plantean, como se decía también del covid, que la lucha contra el cáncer es un asunto de resiliencia, es decir, de la capacidad de cada individuo de enfrentar la adversidad. Nada más alejado de la realidad. No importa cuantas habilidades y fortalezas individuales tenga alguien, si está en la posición equivocada frente a una crisis

de este tipo, su experiencia será mucho peor. Es más, sus fortalezas individuales están fuertemente determinadas por su posición social.

Sin embargo, más allá de reconocer el impacto que tienen las desigualdades sociales en las experiencias más significativas de los individuos, lo que me atormenta y me ha quitado el sueño por estos días es que después de notarlo tan claramente no seamos capaces de hacer nada al respecto.

Con el inicio de un nuevo año, el trauma del diagnóstico y el reordenamiento de las prioridades parecerán quedar atrás. Como con la pandemia, veo en mí y en mis seres queridos el impulso natural a pasar la página y no volver a hablar del tema. Un mal trago que esperamos que no se repita a pesar de que sabemos que se repetirá. La tragedia volverá al cómodo ámbito de la vida privada. Cada cual con su duelo y la vida social lo menos reflexionada que la podamos mantener. ¿Todo cambió para que nada cambie?

Creo sinceramente que algo similar a esto es lo que vivimos en el planeta entero desde hace un par de años. Después de la pandemia, todo volvió gradualmente a la normalidad y los aprendizajes, tan evidentes y dolorosos en los primeros meses, parecen haberse olvidado.

Pero aquí estoy yo, con mis efectos adversos y unos pocos nuevos dolores que no me permiten olvidar que tengo cáncer, que la vida es corta y que la forma en que la tenemos arreglada la sociedad no funciona. Aunque el cambio parece eludirnos y la inercia del *statu quo* vencernos, confío en que la fuerza de quienes no queremos olvidar las lecciones de estas tragedias nos permita capitalizar esas experiencias para que todo mejore.

Recrear el mundo previo al Acuerdo sobre los ADPIC: cambios en las políticas del acceso a las medicinas

KEN SHADLEN

EN ESTE BREVE ensayo avanzo un análisis político de los conflictos mundiales y nacionales en torno a las patentes y el acceso a los medicamentos, un tema de interés central para Tatiana. Empiezo presentando el contexto que ha motivado tantas investigaciones sobre el tema, que es la propagación mundial de las patentes farmacéuticas en la década de 1990 y principios de la del 2000, introducida por el Acuerdo sobre los Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio (ADPIC) de la Organización Mundial del Comercio (OMC). Además de señalar las controversias que esto ha desencadenado, esbozo tres vías por las que el “mundo anterior al ADPIC” se podría, potencialmente, recrear. Después presento los elementos clave de un análisis político de estas cuestiones, en el que la atención va más allá de la comprensión de las disposiciones legales que hacen posibles determinadas acciones y, en su lugar, hago hincapié en los actores clave y sus intereses, recursos y estrategias políticas. En la tercera sección ilustro este enfoque al mostrar cómo reaccionan las empresas farmacéuticas locales ante este nuevo entorno en los países donde las patentes son nuevas, y expongo cómo estas reacciones afectan, a su vez, a la viabilidad de las diferentes estrategias para recrear el mundo anterior a los ADPIC.

Globalización de las patentes farmacéuticas

A partir de mediados de la década de 1990, las empresas farmacéuticas podían recibir patentes en la mayoría de los países ricos, pero no en los países más

pobres (Liu y La Croix 2015; Shadlen, Sampat y Kapczynski 2019). Como resultado, mientras que los nuevos medicamentos normalmente entraban en el mercado como productos de una sola fuente en el norte global, inmediatamente podían tener múltiples proveedores en el sur global. En un país determinado, los múltiples proveedores podían ser empresas farmacéuticas nacionales que producían sus propias versiones genéricas de los medicamentos en el contexto local o empresas extranjeras que los hacían y los suministraban a través de la exportación, o ambas cosas; la cuestión es que en muchos países en desarrollo la ausencia de patentes significaba que las empresas originarias no disfrutaban de exclusividad y control de los mercados para sus nuevos medicamentos.

El Acuerdo sobre los ADPIC, que entró en vigor en 1995 y acabaría obligando a todos los países a permitir las patentes de productos farmacéuticos, dio paso a un mundo en el que todos los nuevos medicamentos comenzarían, probablemente, su vida comercial como productos de origen único en la mayoría de los países. Sin duda, los efectos no serían inmediatos, debido a los periodos de transición para que los países cumplieran esta nueva obligación y empezaran a conceder patentes de medicamentos; con el tiempo las patentes concedidas expirarían, lo que significaría que los medicamentos de origen único pasarían a ser de origen múltiple. Pero, en última instancia, el mundo que han creado los ADPIC es un mundo en el que los nuevos medicamentos pueden tener exclusividad durante algún tiempo en la mayoría de los países.

La globalización de las patentes farmacéuticas introducida por los ADPIC generó temores generalizados sobre el acceso a los medicamentos en los países de renta baja y media. Estos conflictos han sido más agudos en el caso de afecciones y enfermedades que se han beneficiado de la introducción de productos farmacéuticos innovadores, que proporcionan nuevas opciones terapéuticas para las que no existen sustitutos funcionales —o estos son muy limitados—, incluidas enfermedades infecciosas como el VIH/sida, la hepatitis C y la tuberculosis, así como enfermedades no transmisibles como el cáncer, la diabetes y la fibrosis quística. Después de todo, en el mundo anterior a los ADPIC los países podían utilizar múltiples proveedores para garantizar que los productos fueran asequibles, pero los ADPIC eliminaron esa palanca política. No es sorprendente que, en cada uno de estos ámbitos, y en otros, se hayan producido conflictos en torno a las patentes y el acceso a los medicamentos.

Siempre que surgen conflictos de este tipo, se recurre a los argumentos habituales: los defensores de los ADPIC proclaman que las patentes son esenciales para inspirar la innovación, mientras que los críticos afirman que las patentes pueden hacer que los medicamentos sean inasequibles y, por tanto, amenazar la salud pública. Aunque en este ensayo no se repiten estos argumentos, sí quiero

llamar la atención sobre una importante contribución de Jean Lanjouw (2003) a este debate, quien nos recuerda que es más probable que los efectos de las patentes sobre la innovación sean importantes en los países ricos —donde los beneficios potenciales que pueden obtenerse en mercados más grandes crean incentivos más sustanciales para invertir en investigación y desarrollo de nuevos productos— y que las amenazas para la salud, generadas por los medicamentos caros, sean más graves en los países más pobres —donde los presupuestos de la salud pública tienden a ser más limitados y el pago directo de los medicamentos es más común—. El resultado del artículo de Lanjouw era proponer un mundo de protección “diferenciada” de las patentes, en el que los nuevos medicamentos fueran de proveedor único en el norte global, proporcionando así el efecto incentivador en los países donde este fuera más consecuente, y, por su parte, de proveedor múltiple en el sur global, aliviando los efectos de los precios altos en los países donde esto fuera más preocupante. Aunque Lanjouw no utilizó esta expresión, el mundo diferenciado que imaginó puede considerarse como un retorno de facto al mundo previo a los ADPIC.

Podemos pensar en tres vías para lograr el objetivo de recrear el mundo previo a los ADPIC. La primera se basa en el tratado, mediante la introducción de reformas en los ADPIC que alteren las obligaciones de los países. La segunda es mediante el uso nacional de las “flexibilidades de los ADPIC”, sobre todo el uso de licencias obligatorias, en las que el Gobierno permite a un tercero utilizar una invención patentada sin el consentimiento del propietario (McGivern 2023), de modo que las patentes concedidas tengan efectos de exclusión menos amplios. La tercera es confiar en que las empresas farmacéuticas originarias concedan licencias de sus productos a los productores de genéricos, ya sea directamente o de forma conjunta a través de entidades como el Medicines Patent Pool (MPP). Dado que la primera vía es muy improbable, no se recreará por completo el mundo previo a los ADPIC. Sin embargo, la segunda y la tercera vía podrían recrearlo, de facto, en diferentes medicamentos y en diferentes momentos. En las siguientes páginas del ensayo se examinan los conflictos políticos en torno a la segunda y tercera vías.

Del derecho a la política

Cuando se piensa en vías para recrear el mundo previo a los ADPIC, la atención se dirige rápidamente al derecho internacional. Consideremos, por ejemplo, la segunda vía, que es la utilización de las flexibilidades de los ADPIC: una cuestión jurídica destacada, sobre la que se ha escrito mucho, es qué tipo de

medidas pueden introducir los países para minimizar los efectos restrictivos de las patentes sobre la competencia y el acceso a los medicamentos (Reichman 2009; Correa y Hilty 2022).

Uno de los principales objetivos de este ensayo es arrojar luz sobre las dimensiones políticas de la recreación del mundo anterior a los ADPIC. A diferencia de los enfoques jurídicos, que apuntan a los parámetros de lo posible, un enfoque político examina acciones y esfuerzos concretos. O, dicho de otro modo, estudiar la política no solo consiste en entender qué medidas pueden tomar los agentes públicos y privados, sino, más bien, en comprender qué medidas toman —o intentan tomar— y por qué.

En el caso de las flexibilidades de los ADPIC, incluso cuando existen, deben aplicarse y ponerse en práctica a nivel nacional. Los Gobiernos nacionales deben introducir las disposiciones adecuadas y los agentes públicos y privados deben ponerlas en práctica, así como defenderlas frente a quienes se oponen a ellas. Por ello, debemos mirar más allá de lo que permiten las normas internacionales y fijarnos en los intereses y recursos de los agentes públicos y privados sobre los que recae la carga de aplicar, ejercer y defender las flexibilidades de los ADPIC. Hacerlo así, en lugar de suponer que las oportunidades generan acción, es fundamental para un enfoque político. Después de todo, a veces los actores de los que se espera que aprovechen las oportunidades de acción en este ámbito carecen de los motivos o los medios para hacerlo con eficacia (Chorev y Shadlen 2015). Así, mientras que un análisis jurídico de las flexibilidades del Acuerdo sobre los ADPIC puede centrarse en la existencia y la naturaleza de las disposiciones sobre licencias obligatorias de un país, por ejemplo, un análisis político complementa ese enfoque al tener en cuenta las constelaciones de actores que impulsan o defienden el uso de licencias obligatorias.

En el sentido más simple, la política consiste en saber quién quiere qué y cómo lo consigue. El análisis político, por extensión, consiste en identificar a los actores relevantes en una determinada área temática y considerar qué resultados desean —es decir, sus intereses— y qué recursos y estrategias despliegan para garantizar los resultados deseados. Un elemento importante para tener en cuenta aquí, que desarrollaré más adelante, es que la política es dinámica, es decir, que el universo de actores relevantes puede cambiar con el tiempo, y lo mismo ocurre con los intereses, recursos y estrategias de los actores relevantes.

Muchos politólogos y sociólogos han adoptado este enfoque para analizar los conflictos en torno a las patentes farmacéuticas y al acceso a los medicamentos a escala mundial y nacional (Andia y Chorev 2023). Gran parte de la atención se ha centrado en el papel de los actores no estatales, incluidas las narrativas que generan para promover sus reivindicaciones (Sell y Prakash 2004) y las formas

en que ejercen influencia en la formulación de políticas mundiales y nacionales (Kapstein y Busby 2013; Natrass 2008). En una contribución particularmente importante que analiza la interfaz entre las organizaciones activistas nacionales y mundiales, Andia (2015) compara los casos en los que las empresas locales inician campañas para reformar la propiedad intelectual y recurren a activistas mundiales en busca de apoyo, frente a los casos en los que los actores mundiales inician las campañas locales y buscan el apoyo de aliados locales. En este artículo, Tatiana realiza el tipo de análisis político descrito en los párrafos anteriores: no asume que los actores de la sociedad civil tienen actitudes comunes hacia las patentes farmacéuticas y disposiciones hacia las licencias obligatorias, sino que analiza las distintas formas en que activistas globales, colombianos y ecuatorianos abordan estas cuestiones, y muestra cómo estas diferencias dieron forma a los conflictos políticos en torno al acceso a un importante medicamento para el VIH/sida en los países suramericanos.

En el enfoque político que adopto aquí, me centro en las industrias farmacéuticas locales de los países en desarrollo. Los ADPIC, y la posterior introducción de sistemas de patentes farmacéuticas, han inspirado patrones de cambio en los sectores farmacéuticos locales, y estos cambios los convierten en actores menos fiables para las campañas que abogan por recrear el mundo previo a los ADPIC mediante el uso de flexibilidades como las licencias obligatorias. Para desarrollar este argumento, y partiendo de la idea expuesta de que la política es dinámica, llamo la atención sobre el modo en que las nuevas políticas, una vez introducidas, pueden desencadenar pautas de “ajuste” y reconfigurar posteriormente los intereses en torno a la política de propiedad intelectual.

Ajuste, intereses y política transformados

Cuando los actores responden —es decir, se adaptan— a políticas y entornos cambiantes, sus intereses y estrategias políticas cambian posteriormente. El resultado puede ser un adelgazamiento —o al menos una alteración— de las coaliciones.

Cambiar las políticas es difícil porque requiere vencer la resistencia de los actores que se benefician del *statu quo*. Mantener las políticas una vez instituidas es menos difícil por la misma razón: los actores que se benefician del nuevo *statu quo* acumulan recursos y se movilizan por la continuidad. Pero ¿qué ocurre con los “perdedores”, es decir, los que se resistieron sin éxito al cambio? Para entender la política de la propiedad intelectual también debemos centrarnos en estos actores. Al hacerlo, centraremos nuestra atención en el proceso de ajuste.

Lo que yo llamo ajuste consiste simplemente en que, una vez que cambian las reglas, mientras algunos agentes económicos emprenden campañas de retaguardia para restablecer el antiguo *statu quo*, la mayoría se dedica a otras cosas. En el caso de los productos farmacéuticos, una vez que un país cuenta con un sistema de patentes, las empresas locales, en su mayoría, dejan de fabricar sus propias versiones de nuevos medicamentos, es decir, medicamentos que estaban patentados en otros lugares pero que, antes del ADPIC, carecían de patentes en el contexto local debido a la ausencia de un sistema de patentes farmacéuticas. Aunque este cambio no se produce de la noche a la mañana —y rara vez es retroactivo—, con el tiempo llegan al mercado local nuevos medicamentos protegidos por patentes, y las empresas locales saben que continuar con la producción de estos medicamentos las pondrá en el lado equivocado de la ley y las someterá a litigios. Sin duda, algunas empresas siguen fabricando sus propias versiones de algunos medicamentos patentados poco después de su introducción, pero, aunque la producción “de riesgo” de nuevos medicamentos capta la atención, no es la norma.

Entonces, si las empresas farmacéuticas locales ya no hacen ingeniería en reversa de nuevos medicamentos, ¿qué hacen?, ¿cómo se adaptan a las nuevas disposiciones? Algunas dedican más recursos a I+D, intentando desarrollar sus propios productos innovadores y patentables. Y, por otra parte, algunas empresas desaparecen, al quedar excluido y obsoleto el modelo de negocio de imitación de nuevos medicamentos por la introducción de un sistema de patentes, y sin recursos para innovar, las empresas cierran. Los efectos políticos de estas dos formas de ajuste son similares, en el sentido de que los actores que se habían resistido a un cambio esencialmente salen de escena. Estas empresas pueden haber luchado a capa y espada contra el cambio, pero, una vez que este se produce, se adaptan al nuevo entorno de una forma que amortigua su oposición.

Hasta ahora he hablado de tres formas de adaptación: *negar* (seguir librando la vieja batalla), *innovar* y *salir*. Pero consideremos dos formas adicionales de ajuste, que llamaré *generizar* y *colaborar*. Con *generizar* me refiero a las empresas farmacéuticas locales de los países en desarrollo que responden a la nueva presencia de patentes centrándose en la producción y venta de medicamentos más antiguos cuyas patentes han caducado. Esto es lo que hacen las empresas farmacéuticas no innovadoras en los países donde las patentes farmacéuticas están más arraigadas y, por supuesto, muchas empresas de los países en desarrollo ya lo hacían incluso antes del ADPIC, pero la cuestión es que esto se convierte en su principal modelo de negocio. A su vez, con *colaborar* me refiero a las empresas locales que unen sus fuerzas con empresas farmacéuticas

originarias extranjeras, asumiendo la responsabilidad de la distribución y la venta —y a veces la fabricación— en el mercado local.

Estas dos formas de ajuste también tienen importantes implicaciones para la política. El centro de atención de las políticas de las empresas que generan medicamentos pasa de la existencia de patentes farmacéuticas a cuestiones relacionadas con el abuso de las patentes y la duración de la protección de las patentes; de si el país debe tener un sistema de patentes a cómo funciona el sistema de patentes. Por ejemplo, otra flexibilidad de los ADPIC que ha recibido una atención considerable es que los países adopten directrices y prácticas de examen restrictivas, para reducir la concesión de patentes “secundarias” que amenazan con ampliar los periodos de exclusividad (Sampat y Shadlen 2015, 2017). Cabría esperar que las empresas locales que generalizan se preocuparan por las patentes secundarias y presionaran para que se introdujeran esas flexibilidades en las leyes y las prácticas nacionales. Pero como no se trata de reducir las exclusividades, sino de impedir la ampliación de los periodos de exclusividad, no se pretende tanto recrear el mundo anterior a los ADPIC, sino, más bien, ponerle límites. Las empresas locales que generalizan pueden resistirse a las medidas “ADPIC -plus” que amenazan con ampliar los periodos de exclusividad (Andia 2011; Shadlen, Sampat y Kapczynski 2019), pero es menos probable que participen en campañas contrahegemónicas más amplias contra los ADPIC.

Por otro lado, el enfoque político de las empresas que colaboran también cambia. Las empresas farmacéuticas locales que distribuyen y venden los medicamentos patentados de las empresas extranjeras han desarrollado estrategias empresariales que encajan en el nuevo segmento patentado del mercado, pero no se ven afectadas por él, y pueden llegar a ver las patentes —y las empresas farmacéuticas transnacionales propietarias de estas patentes— de forma diferente. Se convierten menos en amenazas que en socios potenciales. El efecto político de estos cambios es que las empresas que colaboran suelen tener menos interés en acciones agresivas que eliminen o reduzcan la fuerza de las patentes de las empresas extranjeras. De hecho, una empresa farmacéutica local que colabore con una empresa transnacional como distribuidora local, co-comercializadora o licenciataria puede ser reacia a desafiar la propiedad intelectual del socio extranjero. También es menos probable que participen en campañas contrahegemónicas más amplias contra los cambios introducidos por los ADPIC.

Esta última forma de ajuste nos lleva directamente de la segunda vía para recrear el mundo previo a los ADPIC (las licencias obligatorias), a la tercera vía (las licencias directas entre los creadores y los socios locales). La concesión de licencias obligatorias puede ser legalmente posible en virtud de los ADPIC, y las leyes nacionales que lo permiten pueden estar en vigor, pero las empresas

locales pueden no tratar de activar las disposiciones de concesión de licencias obligatorias o responder a las iniciativas gubernamentales y de la sociedad civil para hacerlo. No se trata de que las empresas locales dejen de preocuparse por las licencias obligatorias, sino más bien de que, al haber ajustado sus estrategias empresariales al nuevo contexto, enfoquen los conflictos sobre la propiedad intelectual de forma diferente a como lo hacían en la década de 1990, cuando se debatía la introducción de las patentes farmacéuticas. Estas empresas se han adaptado y una consecuencia de la adaptación es que sus intereses han cambiado.

Dando un paso atrás, y para concluir este debate, de las cinco formas de ajuste analizadas (negar, innovar, salir, generizar, colaborar), solo negar ofrece argumentos a quienes intentan recrear el mundo previo a los ADPIC a través de la segunda vía, mientras que colaborar apoya tales esfuerzos a través de la tercera vía. Aunque comparar la magnitud de los cambios está fuera del alcance de este ensayo, es casi seguro que la colaboración es una respuesta más prominente a los ADPIC en todo el mundo que la negación. Con respecto a las otras tres formas de ajuste, la salida produce indiferencia; la innovación probablemente refuerce el nuevo *statu quo* introducido por los ADPIC; y la generización apoya el activismo en torno a los ADPIC, pero, una vez más, se trata más de limitar los efectos del mundo introducido por los ADPIC que de recrear el mundo previo a ellos.

Conclusión

Es probable que los mercados farmacéuticos funcionen de forma diferente en un mundo marcado por los ADPIC con patentes farmacéuticas. Incluso si los países aprovechan al máximo las posibilidades legales en cuanto a la inclusión de la flexibilidad de los ADPIC en sus sistemas nacionales de patentes, la existencia de flexibilidades por sí sola no sería suficiente para recrear el mundo previo a los ADPIC. Es necesario activar las disposiciones legales, pues las transformaciones producidas por los ADPIC —en particular las pautas de ajuste de los sectores farmacéuticos locales— hacen que esto sea más difícil de lo que parece a primera vista. El objetivo de este ensayo no es concluir que los esfuerzos por recrear el mundo previo a los ADPIC, a partir de las medidas introducidas y adoptadas a escala nacional, son inútiles, sino mostrar cómo el análisis de la política —los actores, sus intereses y sus estrategias en el espíritu de Tatiana— nos permite apreciar mejor los retos a los que se enfrentan dichos esfuerzos. Y, lo que es más importante, el propósito es mostrar cómo el ajuste y el consiguiente equilibrio de fuerzas se están decantando a favor de la tercera vía para recrear el mundo

previo a los ADPIC, basada en el compromiso voluntario y la colaboración entre las empresas originarias y sus socios de los países en desarrollo.

Referencias

- Andia, Tatiana. 2011. "The Invisible Threat: The Rise of Non-Intellectual Property and Pharmaceuticals and Public Health: Access to Drugs in Developing Countries". En *Pharmaceuticals and Public Health: Access to Drugs in Developing Countries*, editado por Kenneth Shadlen, 1-20. Northampton: Edward Elgar Publishers.
- Andia, Tatiana. 2015. "The Inverse Boomerang Pattern: The Global Kaletra Campaign and Access to Antiretroviral Drugs in Colombia and Ecuador". *Studies in Comparative International Development* 50 (3): 203-227. <https://doi.org/10.1007/s12116-015-9185-3>.
- Andia, Tatiana, y Nitsan Chorev. 2023. "How to Study Global Lawmaking: Lessons from Intellectual Property Rights and International Health Emergencies". *Annual Review of Law and Social Science* 19 (1): 1-20. <https://doi.org/10.1146/annurev-lawsocsci-111522-091304>.
- Chorev, Nitsan, y Ken Shadlen. 2015. "Intellectual Property, Access to Medicines, and Health: New Research Horizons". *Studies in Comparative International Development* 50 (2): 143-156. https://www.researchgate.net/publication/276543285_Intellectual_Property_Access_to_Medicines_and_Health_New_Research_Horizons.
- Correa, Carlos, y Thomas C. Hilty. 2022. *Access to Medicines and Vaccines*. Cham: Springer. <https://doi.org/10.1007/978-3-030-83114-1>.
- Kapstein, Ethan B., y Joshua W. Busby. 2013. *AIDS Drugs for All: Social Movements and Market Transformations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lanjouw, Jean O. 2003. "Intellectual Property and the Availability of Pharmaceuticals in Poor Countries". *National Bureau of Economic Research* 3 (15): 91-129.
- Liu, Ming, y Sumner La Croix. 2015. "A Cross-Country Index of Intellectual Property Rights in Pharmaceutical Inventions". *Research Policy* 44 (1): 206-216. <https://doi.org/10.1016/j.respol.2014.07.004>.
- McGivern, Lauren. 2023. "Trade-Related Aspects of Intellectual Property Rights Flexibilities and Public Health: Implementation of Compulsory Licensing Provisions into National Patent Legislation". *The Milbank Quarterly* 101 (4): 1280-1303. <https://doi.org/10.1111/1468-0009.12669>.
- Nattrash, Nicoli. 2008. "The (Political) Economics of Antiretroviral Treatment in Developing Countries". *Trends in Microbiology* 16 (12): 574-579. <https://doi.org/10.1016/j.tim.2008.08.012>.

- Reichman, Jerome H. 2009. "Intellectual Property in the Twenty-First Century: Will the Developing Countries Lead or Follow?". *Houston Law Review* 46 (4): 1115-1185.
- Sampat, Bhaven, y Kenneth Shadlen. 2015. "TRIPS Implementation and Secondary Pharmaceutical Patenting in Brazil and India". *Studies in Comparative International Development* 50 (3): 228-257. <https://link.springer.com/article/10.1007/s12116-015-9181-7>.
- 2017. "Secondary Pharmaceutical Patenting: A Global Perspective". *Research Policy* 46 (3): 693-707.
- Shadlen, Kenneth C., Bhaven N. Sampat y Amy Kapczynski. 2019. "Patents, Trade and Medicines: Past, Present and Future". *Review of International Political Economy* 27 (1): 75-97. <https://doi.org/10.1080/09692290.2019.1624295>.
- Sell, Susan K., y Aseem Prakash. 2004. "Using Ideas Strategically: The Contest Between Business and NGO Networks in Intellectual Property Rights". *International Studies Quarterly* 48 (1): 143-175. <https://doi.org/10.1111/j.0020-8833.2004.00295.x>.